



Digno de Confianza

Robert E. Wells

Digno

De

Confianza

Robert E. Wells

Este glorioso mensaje debería encender la motivación de todo santo de los últimos días que tiene fe y confianza en el Señor. Quien quiera cosechar las recompensas de confiar en el Señor, primero debe aprender a confiar. Yo creo que la mayoría de la gente se portaría mejor si tan sólo supiera cómo. Quizás necesitamos esforzarnos más para enseñar a los demás cómo mejorar, en lugar de criticarlos. Eso es lo que he tratado de hacer con este libro. He procurado explicar, por ejemplo cómo funciona la confianza entre el banquero y el solicitante de un préstamo. Pienso que esa analogía puede ser de utilidad a todos si consideran que las cosas temporales, vistas a la luz de la verdad, son también cosas espirituales. Las mismas acciones, creencias y actitudes que nos harían mejores candidatos para un préstamo, nos harán discípulos de Jesús dignos de mayor confianza. Si incrementamos nuestro carácter, nuestra capacidad, nuestro capital y nuestro autodomínio, también aumentaremos esas características en nuestra esfera espiritual. Yo sólo sugiero que recordemos esta analogía y tratemos de aplicarla, para que podamos vivir con mayor seguridad, y podamos confiar en el Señor de todo corazón. Si es así, seremos dignos de confianza.

Introducción.....	4
1.¿Puede Dios confiar en nosotros?.....	6
2.Carácter, capacidad y capital.....	9
3.Resignación inteligente y nuestra confianza en Dios.....	15
4.El carácter digno de confianza	20
5.Desarrollándonos en capacidad de confianza	27
6.Capital espiritual	32
7.Digno de confianza por el autodomnio	37
8.Las recompensas de confiar en Dios.....	46

Introducción.

Los servicios del domingo terminados, el obispo prepara los diezmos para hacer el depósito en el banco y piensa en su problema....

Mañana, lunes, se vence el último plazo que le dieron para hacer el pago de la hipoteca y puede perder su casa por falta de ese pago. ¡Pero el martes le llega un dinero que le deben! Un sólo día de diferencia. ¿Qué hacer? El obispo mira los diezmos que el Señor le ha confiado... pero recuerda que cuando la congregación levantó la mano para sostenerlo como obispo, ellos todos, y el Señor, lo consideraron *digno de confianza*... y sigue pensando en su problema. "Podría hacerme un préstamo de los diezmos por un sólo día" ¡Un sólo día! "Con el dinero que recibiré el martes pagaré ese préstamo... y como si nada hubiera pasado...".

¿Qué hará el obispo? (Véase el desenlace en la página 29).

El dilema del obispo no es único. Sucede a muchas personas en diferente forma. Cada día de nuestra vida, confiamos en alguien y alguien confía en nosotros. El ser digno de confianza es uno de los más altos honores en esta vida. En la familia, el marido confía en su mujer y ella en él. Al darles hijos, Dios deposita enorme confianza en los padres. En el trabajo, se nos confía que demos servicio bueno y honesto. Muy seguido se nos confía el dinero, o los bienes o la reputación de otros. Si manejamos taxi o autobús o alguna máquina, hasta la vida misma de otros se pone en nuestras manos.

¿Qué hacemos con esa confianza?

¿Somos dignos de ella?

¿Qué nos reclamarán en la eternidad, si resulta que no aprendimos a ser dignos de confianza en esta vida?

Este libro, escrito por el Presidente Robert E. Wells, trata de la confianza que Dios y los hombres nos tienen, o nos pueden tener.

¿Qué significa recibir la confianza de otros?

¿Qué significa recibir la confianza de Dios?

¿Cómo podemos prepararnos para ser *dignos de confianza*?

¿Qué experiencias en la vida nos enseñan a confiar en Dios? y

¿Cómo nos recompensa Dios ?

El Presidente Wells es un hombre que en su vida se ha ganado la confianza de muchos y ha demostrado ser *digno de confianza*. Hombres importantes han puesto toda su confianza en él. Instituciones bancarias le han confiado sus destinos. Profetas modernos han puesto su confianza en él llamándolo a trabajos de alta responsabilidad financiera en la Iglesia. Y, por último, el Señor mismo ha depositado Su confianza en él llamándolo al servicio de la humanidad como Autoridad General en el Reino.

Estas amplias y variadas experiencias del presidente Wells en asuntos temporales y espirituales, donde la confianza en él ha sido fundamental, le han dado el conocimiento y ahora le dan plena autoridad para escribir y hablar de lo que significa ser *digno de confianza*.

Este libro no habla únicamente de la confianza que Dios y los hombres depositan, o pueden depositar en nosotros; habla también de cómo, el llegar a ser dignos de confianza en los asuntos de este mundo, es sólo un *entrenamiento* para ganarnos la eterna confianza de Dios. El hombre que logra ganarse la confianza de Dios ha conquistado la más alta prueba de la vida. Todos los profetas han logrado eso. Toda

persona debe aspirar a eso. Sucede luego que, si en este mundo no logramos ganarnos la confianza de los hombres buenos, si no pasamos esa prueba de la vida, no es probable que Dios deposite Su confianza en nosotros, ni en esta vida ni en la eternidad.

El Presidente McKay repetía esta frase: "Ganarse la confianza de otros tiene más mérito que ganarse su amor". Si es así, debe ser porque *la confianza incluye todo lo que el amor otorga*.

La falta de confianza entre los hombres trae la ruina social. La falta de confianza en un pueblo es la pobreza más desastrosa.

Este libro debe ser leído por toda persona que maneja dinero o bienes ajenos en su negocio, en el gobierno, en la Iglesia o en cualquier parte.

Toda persona llamada a un puesto de confianza debe leer este libro. Y debe orar para recordarlo y entenderlo.

Toda persona que diariamente —o a menudo— por razones de trabajo, o por otras razones, es acosada por la tentación del fraude, del soborno, del trato chueco, debe leer este libro. Aquí aprenderá cómo prepararse para llegar a ser digno de confianza.

¿Cómo aprender a ser digno de que el Señor "nos haga un préstamo"? En este libro está la respuesta.

¿Qué clase de capital necesitamos para ganar el más alto rédito? En este libro está la respuesta

El Presidente Wells en este libro, nacido de toda una vida de experiencia en el mundo financiero y de dedicación a los altos ideales del evangelio de Jesucristo, nos enseña cómo obtener *autodominio*, como crecer en *carácter*, cómo desarrollar nuestra *capacidad* y cómo atesorar el máspreciado *capital* y dónde invertirlo para obtener el más alto rédito en el *banco de las eternidades*, aprendiendo a tener confianza en el Señor y lograr el alto honor ante Dios y ante los hombres de ser *dignos de confianza*.

Capítulo 1

¿Puede Dios confiar en nosotros?

Antes de servir tiempo completo como Autoridad General, trabajé muchos años como banquero en Latinoamérica. A eso siguió un período de servicio a la Iglesia en el departamento de finanzas. Esas experiencias, en las cuales la confianza ha sido la esencia de la interacción social, me han hecho meditar a menudo en el hecho de que la confianza es como una calle de doble sentido, y que tiene que ver con todos los aspectos de nuestra vida, tanto temporal como espiritual.

En el negocio bancario, ambos, el que solicita un préstamo y el que lo otorga, deben confiar y deben ser dignos de confianza. Igualmente en la Iglesia, el líder regional y los líderes locales deben confiar y ser todos dignos de confianza. También es de gran importancia saber que aquellos que confían en Dios son los únicos en quienes el Señor confía para realizar su obra aquí en este mundo. Si queremos ganarnos la confianza de los hombres y la de Dios, debemos aprender a confiar y, especialmente, a ser dignos de confianza.

El ser dignos de confianza es un elemento de grandeza humana. Por lo tanto, cuando una persona llega a ser digna de la confianza de Dios en todos los sentidos, usualmente llega a ser digna de la confianza de sus semejantes. Podemos usar un ejemplo que ilustra el grado de confianza que los miembros de la Iglesia tenían en el profeta José Smith. Lo siguiente fue escrito por Sara M. Pomeroy:

Mi padre se mudó de Nueva York a Nauvoó en la primavera de 1843. Por entonces yo tenía nueve años. Al día siguiente de nuestra llegada, me encontraba afuera, en el patio, cuando llegó un hombre a caballo y preguntó por mi padre, Tomás Colborn. Por supuesto que yo no sabía quién era ese caballero, pero había en su aspecto algo tan noble y digno que me impresionó profundamente.

Mi padre salió y le estrechó la mano cordialmente, llamándolo "Hermano José". Entonces supe que era el Profeta.

Estos eran días muy agitados. El Profeta había sido acusado falsamente de intentar asesinar al Gobernador Boggs, de Misuri. Porter Rockwell, un gran amigo del Profeta, había sido secuestrado y llevado a Misuri como cómplice, y su juicio estaba a punto de iniciarse. El Profeta le pidió a mi padre que le prestara cien dólares para pagar al abogado de Porter Rockwell, y mi padre se los prestó con gusto.

"Se los devolveré dentro de tres días, si estoy vivo", dijo el Profeta, y se fue.

Mi tía, la hermana de mi padre, se puso colérica. Le dijo: "¿Qué no sabes, Tomás, que nunca volverás a ver un centavo de ese dinero? Aquí está tu familia sin un hogar, y tú andas tirando el dinero".

"No te preocupes, Kettie", le contestó mi padre. "Si el Profeta no me puede pagar, no tiene que pagármelo".

Esa conversación ocurrió delante de nosotros, los niños, y yo me puse a pensar seriamente. ¿Pagaré o no pagaré? No obstante, yo tenía gran fe en que sí lo haría.

Llegó el día en que el dinero tenía que pagarse; era un día frío y lluvioso; y llegó la noche: las nueve, las diez, y todos nos fuimos a dormir. Poco después se oyó un toquido a la puerta. Mi padre se levantó y fue a abrir, y ahí, bajo la lluvia, estaba el profeta José.

"Aquí tiene su dinero, hermano Tomás". Se encendió una vela, y el Profeta contó los cien dólares, y dijo: "Hermano Tomás, todo el día he andado tratando de reunir esta cantidad, porque de ello dependía mi honor. Que Dios lo bendiga" (Hyrum L. Andrus y Helen Mae Andrus, *The knew the Prophet*, Boockcraft, 1974, pp. 171,172).

Para llegar a ser digno de confianza se requiere preparación. Si deseamos ser dignos de la confianza de Dios, es decir, serle útiles, debemos prepararnos. Parte de esa preparación es voluntaria y deliberada, es decir, la

hacemos bajo un plano. Por otro lado, la preparación involuntaria viene de las experiencias en la vida, que no planeamos, pero que nos enseñan mucho. Como pueblo del convenio, nosotros estamos voluntariamente comprometidos con el Señor y su causa, y al grado que honremos ese compromiso, El nos confiará mayor responsabilidad. Su confianza en nosotros puede manifestarse en mayores pruebas para nuestro mayor crecimiento y desarrollo. La preparación, voluntaria e involuntaria, forma parte de nuestro deseo de llegar a ser dignos de confianza y, por supuesto, también nos estimula a aumentar nuestra confianza en el Señor.

En la historia de la Iglesia existen muchos ejemplos de ese proceso. En los primeros días de la Restauración, el precio por aceptar el Evangelio era la persecución y el ostracismo. En el período de unos cuantos años, miles fueron echados de sus hogares varias veces, sufriendo las pruebas en Misuri e Illinois. Luego, en 1846, la jornada fría y cansada a través del Estado de Iowa. Los miembros que estaban en Iowa al iniciarse el año de 1847, habían sido bastante probados y preparados en cuanto a su confianza en Dios, y la que Él podía tenerles a ellos.

A principios de abril de ese año, salió de la ciudad de Winter Quarters la primera compañía pionera, formada por 148 personas, iniciando el largo viaje hacia las Montañas Rocallosas a donde llegarían a fines de julio. Estamos admirados de esa primera compañía por su valory fe, y su confianza en Dios. Es cierto que 143 miembros de esa compañía eran hombres fuertes, capaces, en la flor de la vida. Es cierto que Brigham Young y otros líderes disponían de uno o dos mapas y una idea general de la naturaleza de su destino final. Pero mucho más significativa era su confianza en Dios, confianza en que El sostendría a la compañía durante el viaje, los llevaría a la meta, y luego los ayudaría a ellos, y a los miles que vendrían después, a ganarse la vida y edificar una comunidad en una tierra prácticamente estéril.

El 21 de junio la compañía llegó a Independence Rock, unos doscientos ochenta kilómetros al oeste del Fuerte Laramie, Estado de Wyoming. Me impresiona el hecho de que ese mismo día, más de un mes antes de que la primera compañía llegara a su destino, todavía desconocido, salió de Winter Quarters otra compañía, dirigida por los Elderes Parley P. Pratt y John Taylor. Esa numerosa compañía constaba de 1,553 personas, 2,213 bueyes, 887 vacas y 124 caballos, y además ganado de otras clases. Si la primera compañía merece nuestra admiración por su confianza en Dios, ¿qué podemos decir de la confianza que mostró el segundo grupo? Aquí tenemos lo que B.H. Roberts, un historiador, escribió sobre ellos:

Esta compañía era diferente a la primera. La primera estaba formada por hombres fuertes, con la excepción de tres mujeres. Tenían los mejores tiros de caballos y equipo, y sabían que si no encontraban un lugar dónde establecerse, podían regresar al lugar de origen. Mientras tanto, sus familias no corrían ningún peligro pues estaban seguras en Winter Quarters. No era así con la compañía de los hermanos Pratt y Taylor. Lo habían puesto todo en el altar, incluso sus esposas y sus niños, quienes tenían que compartir sus dificultades y su suerte. No sabían cuál era su destino final; lo arriesgaron todo en una sola empresa, de la que no había posibilidad de volver atrás. Si fallaban en encontrar un lugar adecuado y levantar una cosecha la primera temporada, no habría manera de conseguir provisiones. Debían tener éxito, o perecer en el desierto en el que ya se habían adentrado. Con una fe que nunca ha sido superada, se pusieron bajo la guía y protección de su Dios, y... su confianza no fue en vano (*The Life of John Taylor*, Bookcraft, 1963, pp. 188).

Pero tal vez más significativo fue el hecho de que esos pioneros, al confiar en Dios absolutamente, se hicieron dignos de su confianza y el Señor se valió de ellos para cimentar su reino en la Tierra.

Todo esto representa parte de la preparación que podemos llamar involuntaria. Por otra parte, la preparación voluntaria requiere no sólo la total consagración a lo justo, sino la constante preparación y aprendizaje de habilidades. Es por eso que la persona perezosa jamás podrá llegar a ser digna de confianza. Toda cosa buena que aprendemos, todo preparativo que hacemos para nuestra vida, será de utilidad algún día. De hecho, en la vida nosotros mismos determinamos las oportunidades que tendremos de servir, por lo que aprendemos o por lo que dejamos de aprender. Si no tenemos empeño y nos falta el entusiasmo para aprender cuanta habilidad sea útil—como escribir a máquina, aprender idiomas, manejar automóvil, etcétera—, entonces estaremos limitados al mismo grado de nuestra ignorancia. Y como miembros de una Iglesia dinámica, es importante saber que el peor de los límites que nos imponemos es no desarrollar el don de gentes.

Para cada uno de nosotros hay situaciones especiales en las que, en ese momento, somos

exactamente la persona precisa en quien el Señor podría confiar. Pero la confianza es calle de doble sentido. El Señor puede confiar en nosotros únicamente si nosotros tenemos confianza en Él y, especialmente, si somos dignos de su confianza. Por supuesto, nosotros siempre podemos confiar en el Señor, y tenemos que aprender a hacerlo, y la mejor manera de aprender es hacernos dignos de su confianza. Mientras más dignos de su confianza nos hacemos, más aprendemos a confiar en Él.

Por lo tanto, la confianza tiene dos facetas que debemos y podemos desarrollar. Una es llegar a ser dignos de confianza; tener las cualidades que harán que otros nos vean como una persona a quien pueden y necesitan recurrir. La segunda es la capacidad de confiar, es decir, portarse como lo hizo David cuando se enfrentó a Goliat.

A todos los israelitas se les había enseñado que el Dios verdadero era el Dios de Israel. Los ídolos de Egipto y Filistea podrían fallar, pero Jehová jamás fallaría si la confianza en Él era pura. La confianza de David era pura, pero no así la de Saúl. Ni los capitanes ni los hombres fuertes de Saúl confiaban en el Señor como lo hacía David.

Por lo tanto David no vaciló en su paso;

sus labios no temblaban;

su corazón no temía;

David "se dio prisa" para pelear con Goliat.

David corrió hacia el temible gigante.

Y el resultado fue lo que David esperaba: el Señor entregó a Goliat en sus manos. David fue sólo el instrumento. Sentía confianza en su corazón.

Estaba preparado. Tenía mucha práctica con su honda. Había tenido experiencias previas de valor y había matado animales salvajes para proteger los rebaños de su padre. Era el hombre indicado en el lugar indicado, y el Señor podía valerse de él.

La mayoría de nosotros ignoramos lo que el Señor podría hacer con nosotros si confiáramos completamente en Él y nos pusiéramos a su disposición, diciendo: "Señor, haré todo lo que me mandes y puedes hacer conmigo todo lo que desees".

En muchos de sus discursos, Brigham Young habló sobre la grandeza que podrían lograr los miembros si confiaran totalmente en el Señor. Brigham Young dijo que casi todos nosotros limitamos a Dios, y no nos ponemos enteramente bajo su sombra por temor de que nos pida demasiado. No nos hacemos dignos de confianza porque no confiamos en Él.

Una de las más grandes pruebas de la confianza es la habilidad de caminar hacia adelante cuando el camino es oscuro y desconocido. (Recordemos que el Señor dividió las aguas del mar Rojo solamente hasta que Moisés y los hijos de Israel no tuvieron otro lugar dónde pisar). Si ponemos toda nuestra confianza en Dios, entonces Él puede llevarnos dondequiera que desee que sirvamos, y hacer de nosotros lo que desee hacer. Y eso, a la larga nos traerá la mayor felicidad, porque el Señor quiere que todos lleguemos a ser como Él, y que tengamos lo que Él tiene.

Si deseamos tener una vida útil y productiva, y llegar a ser dignos de gran confianza en todo lo que nos proponemos, aprendamos a caminar en ambos sentidos por la calle de la confianza. Esto es, aprendamos a confiar en el Señor, y a disciplinarnos a nosotros mismos para llegar a ser dignos de su confianza.

Capítulo 2

Caracter, capacidad y capital

Todas las monedas y billetes de los Estados Unidos llevan en una de sus caras la inscripción: "En Dios confiamos". Es como un eco de la herencia cristiana, y una forma de decir que, aunque el dinero es esencial para el comercio, en quien verdaderamente confiamos es en Dios. Ojalá que así fuera total y verdaderamente. Y mejor aún, ojalá que el otro lado de la moneda pudiera decir con verdad: "Y Dios confía en nosotros", porque la moneda de la confianza tiene dos caras, y sin la una, el mérito de la otra desmerece. Porque para que la confianza en Dios sea efectiva nosotros debemos ser dignos de su confianza.

Nótese que son los hombres de quienes depende el resultado. El Señor siempre será digno de confianza absoluta; pero si deseamos recibir las bendiciones, debemos estar dispuestos a confiar y ser también dignos de confianza. Esa es una de las leyes que el Señor dio a este mundo (véase D. y C. 88:36-43).

El Señor bien podría hacer todas las cosas por nosotros, pero ello frustraría sus propósitos. Debemos entender que la manifestación de su bondad y bendiciones viene regularmente a través de nosotros mismos, es decir, en la medida que confiamos en Él y que merecemos su confianza.

El Señor desea que confiemos en Él y también desea que seamos dignos de su confianza, para poder encargarnos su obra. Uno de los propósitos principales en esta vida es que seamos probados:

"Y con esto los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare" (Abraham 3:25).

El Presidente David O. McKay citaba a menudo una frase que dice que *ganarse la confianza de otros tiene más mérito que ganarse su amor*. El autor de esa frase tuvo la bendición de poseer un gran entendimiento de la vida. Porque Dios nos ama a todos, pero solamente puede salvar a quienes confían en Él y quienes son dignos de su confianza. De cierta manera es como el banquero que puede extender crédito solamente a las personas en quienes él puede confiar, a pesar de lo mucho que pueda amar a los que no son dignos de su confianza.

Son las pruebas de la vida las que nos enseñan a confiar en Dios y a ser dignos de su confianza. El profeta José Smith señaló la necesidad de que seamos probados en todas las cosas, y que pasemos esas pruebas, pues así demostraremos al Señor que Él puede confiar en nosotros bajo cualquier circunstancia. El Profeta dijo:

Después que una persona tiene fe en Cristo, se arrepiente de sus pecados, se bautiza para la remisión de ellos y recibe el Espíritu Santo (por la imposición de manos), que es el primer Consolador, entonces si continúa humillándose ante Dios, teniendo hambre y sed de justicia y viviendo de acuerdo con todas las palabras de Dios, el Señor le dirá dentro de poco: "Hijo, serás exaltado". Cuando el Señor lo haya probado en todas las cosas, y haya visto que aquél hombre está resuelto a servirlo, pase lo que pase, ese hombre verá que su vocación y elección han sido confirmadas {Enseñanzas del Profeta José Smith, p. 178}.

Esas pruebas y los sacrificios que implican, enseñó el Profeta, son condiciones para la vida eterna.

Observemos aquí que *una religión que no demanda el sacrificio absoluto de todas las cosas, tampoco tiene el poder para producir la fe necesaria para vida y salvación*. Porque desde la primera etapa del hombre, la fe necesaria para gozar de vida y salvación jamás pudo obtenerse sin el sacrificio absoluto de todo lo terrenal. Es por medio de ese sacrificio, y de ninguna otra manera, que Dios ha ordenado que los hombres gocen de vida eterna (*Discursos sobre Ja Fe* 6:7).

El Señor ama a todos sus hijos, pero algunos merecen más confianza que otros. El amor es un atributo del que ama y, una vez que se desarrolla, se da sin condiciones. Pero no así con la confianza. Únicamente un

tonto confiaría en alguien que no es de fiar, pues ello llevaría al desastre. ¿No sería maravilloso ser amado y a la vez ser digno de confianza? El Señor nos ha dado el Evangelio y la Iglesia como medios para lograr esa meta.

Se ha dicho que la verdadera valía de un hombre se puede medir, no por lo que tiene, sino por lo que le pueden prestar, o sea, hasta qué grado se le puede confiar el dinero de otras personas. Los banqueros usan una fórmula para determinar a quién pueden confiarle el dinero del banco. Creo que esa fórmula puede también aplicarse a la confianza espiritual o moral. De hecho, no veo cómo se podría diferenciar la integridad de una persona en funciones comerciales, personales o en la Iglesia, etcétera. Usualmente manejamos los bienes del Señor igual que manejamos los nuestros. Entre los miembros de la Iglesia, una forma que el Señor usa para determinar si somos dignos de su confianza dentro del reino es ver lo que hacemos en nuestros asuntos personales. Jesús dijo:

Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas.

El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.

Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?

Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?
(Lucas 16:9-12).

Tengamos en mente que el pasaje anterior tiene implicaciones eternas, así como temporales. Si no somos dignos de confianza en las cosas terrestres, ¿quién nos va a confiar jamás las cosas celestiales?

La fórmula bancaria para determinar si se le puede confiar a alguien el dinero del banco consiste en examinar el carácter, capacidad y capital del solicitante. De manera semejante, el Señor analiza esas tres características para darnos sus bendiciones y su confianza.

Al llamar pastores para guiar al rebaño, los siervos del Señor también deben examinar, hasta donde lo permitan las circunstancias, el *carácter*, la *capacidad* y el "*capital*" de los que son llamados. Tal vez no nos damos cuenta, pero en las reuniones de líderes en la Iglesia, tarde o temprano, a todos se nos menciona y se nos considera para los llamamientos necesarios. En esas reuniones se habla de nosotros, con amabilidad y gran comprensión, con respecto a nuestro carácter, capacidad y "capital". Por supuesto, la razón principal de considerar nuestro nombre es que los líderes de la Iglesia constantemente andan buscando más líderes que estén preparados para servir en la obra del Señor. En gran parte, liderazgo significa gente de confianza. Por eso la búsqueda de líderes es una evaluación ferviente y cuidadosa del carácter, capacidad y capital moral de los miembros de un barrio o rama. Podríamos decir que los banqueros espirituales están en una "junta sobre préstamos" para determinar quién es digno de un "préstamo espiritual". Es decir, a quién se le pueden confiar los asuntos del Señor.

Carácter

Un banquero temporal es un mayordomo que a su cargo tiene el dinero que regularmente no le pertenece, pero por el cual es responsable. Por eso debe tomar toda precaución posible para otorgar préstamos únicamente a quienes pueden y estén dispuestos a pagar. El banquero espiritual es un mayordomo de la reputación del nombre de la Iglesia de nuestro Salvador. Ese nombre debe permanecer limpio de vergüenza o difamación ante el mundo, por lo que los mayordomos de la Iglesia deben tomar toda precaución razonable para extender llamamientos únicamente a aquellos en quienes se puede confiar que mantendrán sagrado el nombre de la Iglesia de Cristo. Y es un placer decir, y hemos de reconocer, que en su mayoría los que son llamados cumplen bien con su cometido.

Un banquero tiene que examinar el carácter del solicitante de un préstamo en términos muy parecidos a los que usa David en el Salmo 15:1-4:

Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo?

¿Quién morará en tu monte santo?

El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón...

El que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia.

La persona que solicita un préstamo, promete pagarlo. Pero a veces fracasa el negocio en el que se invirtió ese dinero: las cosechas pueden perderse; la empresa comercial no tiene el éxito esperado, etcétera. Es entonces que ha "jurado en daño suyo". La persona honrada "no por eso cambia", sino que paga el préstamo tan pronto como le es posible. Un banquero debe poder sentir que está tratando con esa clase de persona, o sea, con alguien que no faltará a sus compromisos ni saldrá con la excusa de que el préstamo no le sirvió, y que pagarlo le va a salir más caro de lo que se imaginaba. Si el banquero duda de la base moral del solicitante y piensa que éste pagará sólo cuando las cosas salgan bien, no lo considerará digno de confianza y no se otorgará el préstamo.

Desde luego, el Señor nos conoce mejor que nosotros a nosotros mismos. Y su deseo, su obra y su gloria es darnos la vida eterna y la inmortalidad, y todo lo que Él tiene. Por eso nos trata como si fuera un banquero, siempre procurando determinar hasta qué grado puede confiar en nosotros. El Señor necesita saber si puede confiar en que haremos lo correcto, no importa bajo qué circunstancias nos encontremos. Y cuando determina que somos dignos de confianza a cierto nivel, nuestra "línea de crédito" aumenta poco a poco, conforme nos va probando.

Por ejemplo, José, cuando fue vendido en Egipto, trabajó al servicio de Potifar, y fue ascendiendo hasta llegar a ser el mayordomo. Pero la esposa de Potifar se enamoró de José e intentó convencerlo de pecar. José se encontraba lejos de su familia y de su hogar, no sabía siquiera si los volvería a ver; absolutamente nadie sabría o le importaría si él mantenía sus principios morales. Rendirse ante el pecado y los deseos de la esposa de Potifar hubiera sido una salida fácil para su dilema. Por otra parte, él era un esclavo de confianza. Esclavo, es cierto, pero un esclavo de confianza. Potifar le había confiado todo lo que poseía. Sin embargo, si José desdeñaba a esa mujer, se ganaría una enemiga en la casa de su amo.

José fue fiel a su noble carácter y a las enseñanzas de su padre; no vaciló; huyó del pecado. La cárcel fue el resultado, porque la esposa de Potifar lo acusó de intentar abusar de ella, y como evidencia mostró la ropa que José dejó al huir. José pagó caro el precio de la pureza; no obstante, haber obrado de otro modo hubiera mellado grande y trágicamente su carácter. Siendo así, el Señor se hubiera rehusado, años más tarde, a confiarle la salvación de la casa de Israel. Hubiera quedado en el olvido, en vez de ser considerado por futuros profetas como un prototipo de Cristo.

Como otro ejemplo clásico tenemos a Nefi, cuya fortaleza de carácter lo hizo obedecer un mandamiento y emprender una misión muy peligrosa. Fácilmente pudo haber sido asesinado por el malvado Labán, cuando regresó a Jerusalén para obtener las planchas. Aún así, sabiendo bien que el Señor prepararía la vía para que pudiera obtener las planchas, el no obedecer hubiera manchado su carácter.

El Señor comprobó que podía confiar en José y en Nefi. José y Nefi sabían a nivel intelectual que podían confiar en el Señor, pero sus experiencias les enseñaron una nueva dimensión de la confianza (véase Alma 13:3, 7). Ellos tenían que aprender por la experiencia; tenían que pasar por ella o incorporarla a su carácter, aun como el Hijo del Hombre "por lo que padeció aprendió la obediencia" (Hebreos 5:8). Esto no significa, por supuesto, que Jesús primero fue desobediente. Sabemos que no lo fue. Pero hay un aspecto del conocimiento que se logra solamente mediante la experiencia. Una cosa es que tengamos la capacidad de ser dignos de confianza, y otra es haber pasado por la experiencia de probar que lo somos. Por eso, no hay sustituto para la experiencia personal, o las pruebas que El Señor nos hace pasar.

Una persona de carácter no sólo testifica, sino que vive en armonía con su testimonio. Martín Lutero demostró el principio de ser leal a sí mismo, cuando dijo ante sus acusadores: "Mi conciencia está atada por la palabra de Dios, y no puedo ni deseo retractarme de nada, pues no está bien actuar contra la propia conciencia. Que Dios me ayude. Amén". (*Encyclopedia Britannica*, 14th ed., vol. 14, p. 494). De ahí en adelante, Lutero tuvo que afrontar las consecuencias de esas palabras; su carácter lo exigía.

Cuando José Smith comparó su experiencia con la del Apóstol Pablo (y al hacerlo nos enseñó mucho sobre el carácter de ambos), dijo, refiriéndose a Pablo: "Vio una luz y oyó una voz... unos dijeron que estaba mintiendo; otros, que estaba loco... Pero nada de esto destruyó la realidad de su visión. Había visto una visión, y él lo sabía, y toda la persecución debajo del cielo no iba a cambiar ese hecho". Entonces José Smith añadió su propio testimonio revelador, en cuanto a su experiencia personal: "Yo había visto una visión; yo lo sabía, y comprendía que Dios lo sabía; y no podía negarlo, ni osaría hacerlo" (José Smith-Historia 24,25). José Smith y el Apóstol Pablo eran hombres de noble y firme carácter, en quienes el Señor

sabía que podía confiar sin importar a qué precio. En ambos casos, el precio fue el martirio.

El ser un miembro activo de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, forma en el individuo un carácter cristiano, es decir, si su participación es por razones correctas. Y lo mismo se aplica a una misión de tiempo completo. Hace muchos años, el Presidente Harold B. Lee dio un discurso en la Universidad Brigham Young, en el que recalcó la idea de hacer las cosas por razones o motivos correctos. El centró ese principio en el hecho de ir a la misión. Enumeró muchas razones equivocadas por las que podemos ir, tales como el deseo de ver el mundo, aprender otro idioma, satisfacer los deseos de los padres o la novia, y así sucesivamente. Explicó que él sabía que muchos iban a la misión por motivos equivocados, aunque al estar allá aprendían y cambiaban a motivos correctos. No obstante, señaló el valor que tiene la motivación apropiada desde el principio. La razón única y correcta de toda la actividad en la Iglesia es, por supuesto, la edificación del reino del Señor y el establecimiento de Sión. La verdadera motivación que hay detrás de esa razón es la caridad o el amor puro de Cristo, del que podemos llenarnos cuando nacemos de nuevo y recibimos el Espíritu Santo. Ese amor se recibe como un don de Dios, pero también tenemos que hacer nuestra parte.

Podríamos decir que el carácter es la cualidad que nos lleva a hacer siempre las cosas correctas por las razones correctas. Eso sería lo ideal tanto en tratos de dinero como en cosas espirituales. Si siempre hiciéramos eso, tanto el banquero como el Señor estarían complacidos.

Capacidad

La capacidad que el banquero trata de descubrir en su cliente es la habilidad comprobada de cumplir lo prometido. El carácter es la intención de cumplir. La capacidad es la habilidad para cumplir. La capacidad que el Señor quiere que desarrollemos es la habilidad de obrar como siervos productivos. El Señor nos ha dado talentos, dones, bendiciones y oportunidades. Él espera que los magnifiquemos y los usemos en el servicio de los demás, para poder confiar en nosotros.

El siervo que había recibido cinco talentos, entregó diez y recibió este elogio: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré" (Mateo 25:21). El siervo que había recibido dos talentos, entregó cuatro, y recibió el mismo elogio que el primero. Pero el Señor castigó al siervo negligente que había recibido un talento, por no multiplicar lo que se le había dado. El principio está claro: Al Señor le agrada ver que nuestra capacidad crezca, que se multiplique. Le complace ver que sus siervos multiplican lo que se les ha dado en cuestión de talentos o responsabilidades. Es evidente que también los presidentes de la Iglesia desean ver que los frutos del evangelio se multipliquen. Les agrada ver que se doble la cantidad de nuestros misioneros, el número de fieles miembros nuevos que entran a la Iglesia, la asistencia a la reunión sacramental, etcétera. Yo creo que cada uno de nosotros tiene la sagrada responsabilidad de multiplicar su capacidad y actuación en toda forma posible. Al hacerlo, justificamos la confianza que el Señor deposita en nosotros como siervos suyos.

Hay muchos campos, aparte del servicio a la Iglesia, en que podemos y debemos mantener un constante esfuerzo para incrementar nuestra capacidad. Por ejemplo:

Podemos esforzarnos para aumentar nuestra capacidad profesional en nuestro trabajo.

Podemos esforzarnos para mejorar nuestra capacidad como padres y maestros.

Podemos multiplicar nuestra capacidad como misioneros al hacer las "preguntas de oro" y compartir el evangelio con todos.

Podemos elevar nuestra capacidad como ciudadanos informados, como vecinos cristianos al dar servicio a otros, etc.

Todo esto no sólo nos haría de mayor utilidad para el Señor, sino también nos abriría las puertas para recibir bendiciones materiales en nuestra vida. Los miembros activos de la Iglesia deben multiplicar tanto su capacidad espiritual como su capacidad temporal. Por eso es tan importante cumplir una misión. Una misión de la Iglesia desarrolla el tipo de capacidad que nos hace dignos de confianza ante el Señor.

Capital

El banquero también hace un inventario del capital del cliente. Quiere saber de ese capital por las siguientes razones:

- 1) Como una reserva de la que dispone el cliente para cumplir con los pagos en caso de que, debido a una emergencia, tenga que pagar de sus reservas y no de las ganancias producidas por el préstamo.
- 2) Como una medida de su seriedad en la empresa.
- 3) Como indicación de la valía total del cliente.

Ahora, considerando el lado espiritual de la moneda, podemos decir que el Señor busca en el individuo una reserva espiritual con la que pueda afrontar las emergencias que surgen en el reino. La total valía de un mayordomo, en sentido espiritual, incluye cosas tales como su buena relación con Dios y con los hombres, sus dones espirituales activos y su estado actual de dignidad, su independencia del vicio y del pecado, y de cualquier otra cosa que pudiera desmerecer su utilidad al Señor o a su Iglesia. Por lo tanto, el capital espiritual es la acumulación moral que una persona ha logrado durante una vida justa. Ese capital constituye los bienes o reservas de los que puede hacer uso en tiempos de necesidad.

¿Cómo podemos desarrollar el capital y las reservas espirituales? Debemos invertir tiempo estudiando las Escrituras y las palabras de nuestros profetas vivientes; debemos invertir comunicándonos constantemente con nuestro Padre Celestial; debemos invertir sirviendo a nuestros semejantes; debemos invertir amando al prójimo, incondicional y desinteresadamente; debemos invertir en la obra misional; debemos invertir siendo padres más sabios, e hijos más obedientes; debemos invertir multiplicando nuestra eficiencia en todo llamamiento. Esas inversiones proporcionarán capital y reservas espirituales a tal grado que, en todo tipo de emergencia, el Señor podrá verdaderamente confiar en que venceremos las tentaciones y frustraciones del mundo.

Los pioneros mormones reunieron grandes reservas espirituales al invertir en el sacrificio. Pudieron enfrentar cualquier desafío porque sabían que sus vidas personales estaban en orden, y que eran favorecidos del cielo por los sacrificios que habían hecho al abandonar todo lo que tenían para poder seguir al Señor a través de sus profetas. Sufrieron persecuciones; salieron a cumplir misiones, dejando a sus familias, abandonaron tierras productivas y hogares establecidos para salir hacia los desiertos del oeste, o las frías montañas, para volver a empezar.

¿No sería maravilloso que el Señor pudiera decir de todos nosotros lo que dijo de un miembro en particular, en una revelación dada en Nauvoo en 1838:

"...mi siervo George Miller es sin engaño; se puede confiar en él por motivo de la integridad de su corazón; y por el amor que él tiene por mi testimonio, yo, el Señor, lo amo." (D. y C. 124:20).

La "C" de la Confianza es la misma del Carácter, la Capacidad y el Capital, ya sea que hablemos de la confianza en sentido temporal o espiritual. En nuestros tratos diarios con nuestros semejantes debemos portarnos igual que como nos portamos con nuestros hermanos el domingo en la Iglesia; de lo contrario, somos hipócritas. Un hipócrita es un actor, representa un papel en la Iglesia y otro fuera de ella. La palabra hipócrita viene etimológicamente de la palabra griega hypokrinesthai, que significa simular, o representar un papel; y se usaba la misma palabra para la actuación en el teatro. La hipocresía destruye las almas. Seremos sabios si conservamos nuestras vidas sin hipocresía, viviendo siempre con la única mira de glorificar a Dios. Entonces más fácilmente vendrán a nosotros la paz y el éxito. Entonces nos sentiremos dignos de confianza. Como buenos banqueros, todos debemos evaluar con regularidad nuestro carácter, nuestra capacidad y nuestro capital.

El desenlace

El obispo, fiel a su sagrado llamamiento, es digno de confianza. Piensa que si pierde su casa... es asunto de este mundo.

Pero si traiciona la confianza depositada en él...es asunto de la eternidad.

Si el Señor permite que su casa se pierda... ha de ser otra prueba más y ¡él ya decidió que va a pasar todas las pruebas que vengan!

¡Algunas pruebas son muy dolorosas !

Ya no es la casa; ni los diezmos; ni nada inmediato.

El dilema es un dilema para su alma.

Si Dios lo prueba así, como prueba a los fieles, será porque lo estará preparando para algo más importante en la vida. ¡El Señor jamás prueba innecesariamente! o sin propósito.

Como José en Egipto...

La decisión correcta puede ser la más dolorosa. La más difícil. Pero a la larga, es la única que da esperanza eterna.

El obispo sabe que quebrar su propio código es destruir el sentido de la vida.

El obispo, como Abraham, obedece sin pensar ya más en las consecuencias. Esas, las consecuencias, se las encarga a Dios.

El obispo deposita los diezmos (el sagrado sistema que el Señor ha instituido para edificar su reino sobre la tierra) y pone toda su confianza en Dios.

Porque Dios lo honró poniendo su confianza en él, y él sí es digno de confianza.

Capítulo 3

Resignación inteligente y confianza en Dios

Como antecedente a los capítulos que siguen, que tratarán más a fondo acerca del carácter, capacidad y capital espiritual que nos pueden ayudar a ser dignos de confianza, me gustaría prevenir a los lectores, especialmente a los jóvenes, que lo que he dicho no se debe interpretar como motivación para buscar elogios o posiciones vanidosas, ni tampoco para aspirar desmedidamente, o "nadar contra la corriente" cuando el sentido común dicta que no entremos en esas aguas. Aceptar la realidad tiene su mérito. Hablamos de resignación inteligente, no de aspiración derrotada. Si ser el mayor consiste en ser siervo de los demás, como lo enseñó Jesús, entonces la grandeza se puede alcanzar en el mismo puesto donde actualmente nos encontramos. La posición más importante en el mundo es la que hoy ocupamos. En lugar de ambicionar locamente, concentrémonos en servir donde estamos, y el Señor y sus siervos nos tomarán de la mano y nos llevarán a efectuar un servicio aún mayor, aunque no esté en "altas" posiciones. Por otro lado, claro está, no debemos eludir o rehuir las grandes responsabilidades. Si confiamos en Dios, todos nuestros obstáculos e impedimentos serán pruebas y señales en el camino que Él desea que tomemos.

Una frase muy conocida de Reinhold Niebuhr menciona muy eficazmente parte de lo que deseo decir en este capítulo:

Dios, dame la gracia para aceptar con serenidad las cosas que no puedo cambiar: el valor para cambiar las cosas que sí puedo cambiar, y la sabiduría para distinguir la diferencia.

Estas palabras nos traen a la mente imágenes de personas resignadas en sillas de ruedas, ciegos que son guiados por perros entrenados, y toda la gama de invalideces que sufre el ser humano debido a la herencia, accidentes o al medio ambiente. Nos hacen pensar en cosas tales como "la suerte", la guerra, y la situación social del país en el que vivimos. Sin embargo, también podemos admirar el caso de quienes, con ambición sana, cambiando lo que sí pueden cambiar, pueden llegar a ser lo que desean, y lo único que les falta es decidir "qué sería lo mejor" para ellos, siempre que esté de acuerdo con la voluntad de Dios.

Ejemplo de lo anterior lo fue el presidente Hugh B. Brown. Si su historia no fuera tan bien conocida, pensaríamos que él "tuvo mucha suerte". En realidad, sufrió grandes desilusiones y pruebas. Sin embargo no hay que olvidar que quienes alcanzan la grandeza a menudo sufren muchas pruebas que finalmente se tornan en su bien. Además, todo sufrimiento es relativo, esto es, el grado de sufrimiento depende de la clase de persona que seamos. De manera que lo que una persona puede considerar como poco, para otra puede ser causa de gran sufrimiento.

Cuando el presidente Brown era un joven misionero en Inglaterra, tuvo un sueño en el que se vio a sí mismo subiendo por una escalera. Cuando ya iba muy arriba, se le cayó algo muy valioso, y tuvo que bajar a recogerlo. Entonces empezó a subir otra vez, y esta vez pudo llegar mucho más arriba que antes.

Después de la misión, fue a ver a su abuela, que tenía un don espiritual especial, y le preguntó el significado de su sueño. Ella le dijo que eso significaba que alcanzaría posiciones muy altas en la Iglesia, y algo haría que las perdiera y fuera ignorado, pero que él lo sobrellevaría y finalmente presidiría en los más altos concilios de la Iglesia. Cuando él llegó a ser Autoridad General, relató esta historia en varias ocasiones.

Siendo muy joven, el presidente Brown fue llamado a muchas posiciones, y a la edad de cuarenta y cinco años fue presidente de una estaca en el área de Lago Salado. Pocos años después, aceptó un nombramiento en una comisión estatal. En esa asignación se vio sujeto a las presiones de fuerzas y conflictos políticos en una atmósfera cada vez más difícil de desafíos y críticas injustas. En medio de esa turbulencia fue relevado como presidente de Estaca, lo cual constituyó una prueba muy dura

para él. Pero después se cumplieron el sueño y la interpretación. Fue llamado a servir en el más alto concilio de la Iglesia. Mientras tanto, había hecho una distinguida carrera en el ejército, en leyes, cátedra universitaria y negocios.

Menciono lo anterior como introducción a mi historia favorita en cuanto a la resignación inteligente, es decir, aceptar las cosas que no podemos o no debemos cambiar. El autor del siguiente relato es el presidente Brown, y se basa en dos episodios de su vida.

Una vez fue ignorado en una promoción para un alto rango en el ejército canadiense. Eso fue algo terrible para él, pues había determinado hacer una carrera militar. Ahora se daba cuenta de que sería muy difícil, si no imposible, que un mormón alcanzara el rango de general, ya que él no bebía, ni alternaba con sus colegas de la manera que se consideraba necesaria en ese tiempo y lugar. De hecho, entre amigos mencionó que eso le dijeron cuando lo ignoraron para la promoción. Años más tarde, se dio cuenta de que el fin de su carrera militar fue el comienzo de algo que le trajo una vida más útil y más satisfactoria que la que hubiera tenido si hubiera cumplido sus aspiraciones militares.

El Presidente Brown contaba otro episodio relacionado con la poda de un árbol frutal. Con su rica imaginación, el Presidente Brown vio esas dos experiencias como una gran parábola para muchos de nosotros.

Creo que vale la pena mencionarla aquí, pues tiene mucho que ver con el mensaje que deseo transmitir en este capítulo.

Parábola del jardinero y el árbol frutal

Al rayar el alba, un jardinero se puso a podar sus árboles frutales. Entre ellos estaba uno que había producido muchas ramas, por lo que el jardinero temió que diera poco fruto. Así que empezó a podarlo, cortando aquí y allá, y volviendo a cortar. Cuando terminó, no quedaban del árbol sino unas cuantas ramas unidas al tronco. Con ternura el jardinero dirigió la vista hacia el árbol, que parecía haber quedado muy triste y lastimado. Casi podía ver una lágrima en cada rama donde el machete había cortado. El pobre árbol parecía querer hablarle, y le pareció oír que le decía:

"¿Cómo pudiste ser tan cruel conmigo, tú que dices ser mi amigo, que me plantaste y me has cuidado desde que yo era nada más que un retoño, y me cultivaste con el afán de que creciera? ¿No viste cuánto había crecido? Ya estaba casi tan alto como los otros árboles, y en poco tiempo hubiera llegado a ser como ellos. Pero me has cortado las ramas; he perdido mis hojas verdes y atractivas, y hasta mi dignidad entre todos los árboles del huerto".

El jardinero observó al árbol sollozante, y escuchó sus quejas con compasión. Le respondió con toda bondad: "No llores; lo que te hice era necesario para que pudieras ser un árbol valioso en mi huerto. Tú no eres un árbol de sombra, o para dar abrigo a las aves en tus ramas. Te planté para que dieras fruto; si quiero fruta, no podría obtenerla de otros árboles, por más altos y frondosos que sean.

No, amigo árbol, si yo hubiera permitido que siguieras creciendo como ibas, toda tu fuerza se hubiera ido en las ramas; tus raíces no hubieran desarrollado firmeza, y se hubiera frustrado el propósito por el que te traje a mi huerto. Tu lugar lo hubiera ocupado otro, pues habrías sido estéril. No debes llorar; todo esto resultará en tu bien, y algún día, cuando veas las cosas con más claridad y estés cargado de fruto exquisito, me agradecerás y dirás: 'Mi jardinero era sabio y de veras me amaba. Él sabía el propósito de mi existencia, y ahora le agradezco por lo que entonces creí que era crueldad'".

Años después, el jardinero mismo se hallaba en otras tierras, y estaba progresando. Estaba orgulloso de su posición y tenía ambiciones y planes para el futuro.

Un día se produjo una importante vacante en su trabajo y él era el indicado para ocuparla. La meta a la que aspiraba estaba ahora a su alcance, y se sentía muy satisfecho del progreso tan rápido que había logrado. Mas por alguna razón desconocida para él, se escogió a otro en su lugar, y él fue llamado a ocupar otro puesto relativamente sin importancia y eso resultó en que sus amigos pensaran que era un fracasado. El

ex jardinero llegó a su casa, se arrodilló a la orilla de su cama y empezó a llorar. Sabía que ya no había esperanzas de que pudiera lograr lo que había anhelado tanto. Dirigió su voz a Dios, y le dijo: "¿Cómo pudiste ser tan cruel conmigo, tú, que dices ser mi amigo, que me trajiste a estas tierras extrañas y me has cuidado con el afán de que creciera? ¿No viste que ya me hallaba casi a la altura de los hombres que siempre he admirado? Pero me has cortado las oportunidades, y hasta mi dignidad y respeto he perdido entre mis semejantes. ¿Cómo pudiste hacerme eso?".

Se sentía humillado y disgustado, con amargura en su corazón, cuando le pareció escuchar un eco proveniente del pasado. ¿Dónde había oído antes esas palabras? Le parecían conocidas. La memoria le dijo en un susurro: "aquí *yo soy* el jardinero". Enfocó su memoria y recordó. Sí, el árbol frutal. Pero, ¿por qué recordaba ese incidente, por tanto tiempo olvidado, en esta hora de tragedia? Y la memoria, otra vez, le respondió con palabras que él mismo había pronunciado:

"No llores... lo que te hice era necesario... Tú no eres un hombre como los demás... Si yo hubiera permitido que siguieras creciendo como ibas...se hubiera frustrado el propósito por el que te mandé a este mundo. No debes llorar; algún día, cuando estés cargado de experiencia, dirás: *'Mí jardinero era sabio. El sabía el propósito de mi existencia mortal, y ahora te agradezco por lo que entonces creí que era crueldad'* ".

Sus propias palabras fueron la respuesta a su oración. En su corazón ya no había amargura cuando volvió a dirigirse a Dios, y le dijo: "Ahora sé quién eres. Tú eres el jardinero, y yo, el árbol frutal. Ayúdame, bendito Dios, a sobrellevar la poda, y a crecer como tú esperas que yo crezca, para que pueda ocupar mi lugar asignado en la vida, y para que mi corazón siempre diga: 'No se haga mi voluntad, sino la tuya' ".

El tiempo pasa. Luego de cuarenta años, el ex jardinero y oficial está sentado junto a la chimenea, con su esposa, hijos y nietos. Les relata la historia del árbol frutal, su propia historia, y al arrodillarse con ellos en oración, dice con reverencia: "*Padre, ayúdanos a comprender el propósito de nuestra existencia, y a estar siempre dispuestos a someternos a tus deseos, y no insistir en los nuestros. Porque recordamos que en otro huerto, llamado Getsemaní, el más escogido de todos tus hijos fue glorificado por someterse a tu voluntad'* (Hugh B. Brown, *Eternal Quest*, Bookcraft, 1956, pp. 243-246).

La idea de aceptar lo que no podemos cambiar, a menudo se aplica a incidentes que forman parte de nuestra vida, tales como la muerte de un ser querido, la pérdida de la salud, de un miembro u órgano, la pérdida de un empleo o negocio, y muchas cosas por el estilo. Esas aparentes tragedias son irreversibles, y nos hacen titubear al principio. La historia del presidente Brown nos ayuda a comprender que cuando nos enfrentamos a una gran decepción y nuestros planes parecen venirse por tierra, es posible que lo que está pasando en realidad es que se nos está ofreciendo un nuevo comienzo que está más en armonía con los planes del Señor. Si *confiamos* en el Señor, así lo consideraremos. No debemos amargarnos ni pensar que no tiene caso esforzarnos por mejorar. En lugar de eso debemos afianzarnos y, sin amargura, cambiar lo que podemos cambiar, y resignarnos inteligentemente a la voluntad divina.

En la opinión de muchos de los más grandes poetas del mundo, el libro poético por excelencia es el libro de Job. Muchos creen que lo escribió Salomón antes de su decadencia moral; otros se lo atribuyen a Moisés; otros más, a Saruc, o a algún otro autor. Independientemente de quién haya sido su autor, es un tratado extraordinario del sufrimiento causado por eventos fuera del control de la víctima. A través de los siglos, ha ayudado a millones de personas abatidas a mantener la confianza en Dios.

Hay muchas cosas que no podemos cambiar, y otras más que no deberíamos tratar de cambiar aun si pudiéramos. Un árbol frutal no debe tratar de convertirse en un álamo, hablando en sentido figurado. Esa porción de la analogía del presidente Brown se puede aplicar a todos, y se refiere a todos los atributos que son determinados genéticamente, o que no podemos cambiar sino sólo mejorar. Debemos aceptar cosas tales como nuestra estatura y características físicas generales. No podremos llegar a ser más altos, por más que nos estiremos, o más bajos, por más que nos encorvemos, haríamos el ridículo. Eso haría peor el asunto, pues los demás dirían que tenemos problemas emocionales, es decir, que "además de feos somos tuerfos". Toda característica física tiene sus ventajas. Debemos buscar y aprovechar las ventajas, no lamentar las desventajas. Si una persona tiene voz grave natural, no debe envidiar al tenor que lleva la parte principal en el coro. Si alguien carece de una voz sobresaliente, si no 'le fue dada' la materia prima, el intentar llegar a ser una estrella de la ópera será una pérdida de tiempo y le acarreará gran frustración. Hay

quienes recurren a la cirugía plástica para modificar su nariz, pero tales medidas extremas no son convenientes para la mayoría de nosotros. El mejor camino es aceptar las cosas que no podemos cambiar, y así demostrar nuestra confianza en Dios.

Las señoritas pueden, mediante peinados, cosméticos y estilo en el vestir, hacer que resalte su belleza natural al grado suficiente para atraer a los jóvenes indicados. Y el mismo principio se aplica a los jóvenes. Todo dentro de ciertos límites que excluyan el orgullo y la hipocresía. Debemos hacer esa clase de mejoras, que incluyen pulcritud y honestidad internas y externas. Empero, la virtud es el atributo más bello que pueda tener una persona.

Me encantan los diálogos de una obra teatral en la que Emilia y su madre tienen una conversación íntima de madre a hija. Emilia está emocionada porque un joven se ha fijado en ella, pero le preocupa no tener la belleza necesaria. Emilia le pregunta a su madre si piensa que es bonita, y su madre le responde: "Claro, hija, eres lo suficientemente bella para todos los propósitos normales".

No quiero dar la impresión de que si hacemos todo correctamente, nuestro camino será fácil y libre de problemas y errores. Esta vida no fue planeada así; me preocuparía si así lo fuera. Nuestra confianza en Dios debe ir más allá. Yo he tenido muchas contrariedades en mi vida. En la escuela secundaria quise formar parte de los equipos de fútbol y basquetbol, y fui el primero en ser eliminado. Quise participar en la política estudiantil, y perdí todas las elecciones. No parecía tener éxito en ninguna de las cosas que entonces parecían tan importantes, incluyendo las muchachas. Sin embargo, eso no quiere decir que no estaba bien procurar participar en esas actividades.

No me escogieron para dar el discurso de graduación, ni para ser el presidente de ninguna clase, club, o quórum del sacerdocio. Cuando fui misionero, no fui llamado a ninguna posición de liderismo. Tenía amigos y disfruté de muchas experiencias y recibí algo de reconocimiento; mas lo que yo buscaba parecía escapárseme. No obstante, logré algo mucho más valioso. Aprendí a orar lo suficiente como para establecer una íntima relación con mi Padre Celestial. Confiaba en que Él sabía lo que era mejor para mí. Yo no deseaba que Él interviniera y me diera algo que me encaminaría en el rumbo equivocado. Y nunca creía que mis fracasos eran rechazos o castigos.

Después de mi misión empecé a tener más éxito. El primero fue tener una esposa que fue una gran bendición. Y mi carrera bancaria iba muy bien; recibí un ascenso tras otro. Teníamos una vida feliz y una hermosa familia. Pero la tragedia llegó repentinamente: mi esposa murió en un accidente aéreo. Eso fue una tremenda prueba para mi confianza en el Señor. Y Él me socorrió, dándome la consolación, la aceptación y comprensión que vienen de su divina fuente. Dos años más tarde, mi vida había recommenzado con otro matrimonio, con una compañera amorosa, talentosa y espiritual, que también fue una gran bendición. Se confirmó mi confianza en el Señor.

Al contemplar el pasado y examinar mi vida, que acabo de bosquejar brevemente, puedo ver cuán fácilmente pude haber fallado en lograr las metas que en verdad valen la pena, si no hubiera confiado en Dios cuando circunstancias fuera de mi control abrían nuevas puertas. Mi vida presente contrasta grandemente con lo que era, y que fácilmente hubiera podido seguir siendo. Estuve viviendo como banquero —respetado en la comunidad, me pagaban y vivía al mismo nivel de los clientes más ricos con que me relacionaba. Aunque fui criado en una granja, ordeñando vacas y haciendo otras tareas comunes como muchacho granjero, ahora me asociaba con los líderes de la industria y el comercio, con diplomáticos, generales, líderes de alto nivel en el Gobierno, y presidentes de naciones.

Yo era activo en la Iglesia, presidente de distrito, pero las cosas del mundo ocupaban mi mente. Tenía dos lanchas en el club de yates, un avión en un hangar del aeropuerto, tres sirvientas uniformadas de planta —una para cocinar, otra como niñera del bebé recién nacido, y otra para hacer la limpieza de nuestra grande e imponente casa. Mi estilo de vida era el de los millonarios locales, y juntos íbamos de cacería, de pesca, a jugar polo, a esquiar. Entonces ocurrió la tragedia de la que hablé anteriormente, que le quitó la vida a mi compañera, y súbitamente ninguna de esas actividades tuvo importancia. Sí, me había divertido mucho, y esos recuerdos persistían, pero la única cosa importante ahora era el matrimonio en el templo, la seguridad de una vida más allá del velo, y la eternidad al lado de mi esposa. Ahora, las cosas espirituales eran lo único importante. Todo lo demás era temporal y efímero, resbaladizo. Ya los aviones y los lujos carecían de importancia.

Y todavía había otro factor, y eso fue lo que me llevó verdaderamente hasta lo profundo de la humildad. Yo me sentía responsable por el accidente. Me sentía tan culpable como otro hombre que conocí, que se había dormido al volante del automóvil y había ocasionado la muerte de su esposa y de sus hijos. Yo no estuve con mi esposa cuando el ala del avión se desprendió y éste se vino abajo, pero me sentía responsable por las circunstancias. Oré pidiendo fuerza, porque para sobrevivir necesitaba el amor del Señor; y la recibí. La recibí cuando más la necesitaba. Me llenó la certidumbre de que yo tenía un valor para el Señor. Sentí su presencia y su consuelo. Sentí una nueva seguridad, pero ahora me sentía tan humilde que mi único pensamiento era: "¿Cómo puedo servirlo?" Estaba agradecido. Sentí el perdón y el amor del Señor a un grado que yo nunca había experimentado. Renové mi confianza en el Señor y sentí que Él confiaba en mí. Llegué a saber, de una manera distinta, que todas las cosas temporales son de importancia fugaz. Supe también que a veces yo quedaba sujeto a circunstancias fuera de mi control.

Experimenté una nueva y más madura humildad. Ahora entendía lo que significaba ser "pobre de espíritu" y "venir a El".

El consuelo viene únicamente a los que aceptan la voluntad del Señor y llegan a percibir sus propósitos en lo que les causa el sufrimiento. Podemos recibir al Consolador, y si el Señor necesita humillarnos por medio de nuestras experiencias, que así sea.

El aceptar con serenidad y confianza las cosas que no podemos cambiar, es confiar en la sabiduría del Señor.

Yo confié en el Señor, me volví a casar, y pocos años más tarde fui llamado a servir como presidente de una de las misiones en México. Hacia el final de esa misión llegó a mi vida otra gran prueba. Se me pidió que tomara el avión a Lago Salado para ser entrevistado por uno de los líderes de la Iglesia. Ese hermano me había preguntado unos meses antes si estaba interesado en un empleo dentro de la Iglesia, pero de inmediato había desechado la idea porque pensé que no podríamos vivir con ese salario. Esta segunda vez me hizo el ofrecimiento, todavía con el mismo salario, pero con la sugerencia de que orara al respecto. Quedó aclarado que no se trataba de un llamamiento, y que el trabajo podría ser temporal. Mi esposa y yo ayunamos y oramos, y recibimos la sensación inequívoca de que debíamos dejar la seguridad y el salario elevado de una carrera bancaria, con todo su prestigio y prestaciones, y aceptar la posición que ofrecía la iglesia. No supimos por qué. Tan sólo supimos que era una prueba que teníamos que pasar. Nuestro único pensamiento era: Tal parece que el Señor quiere que estemos en Lago Salado. Ya sabemos que se trata de un trabajo asalariado pero ésa parece ser la voluntad del Señor; confiaremos en Él.

Como siempre habíamos confiado en la sabiduría y el plan del Señor, ahora confiamos en la respuesta a nuestras oraciones, y abandonamos lo que creíamos era una carrera segura y próspera por la de un empleado asalariado del Departamento de Compras de la Iglesia. Esta experiencia demostró ser una útil preparación para un posterior llamamiento al Primer Quórum de los Setenta. Nuestra fe sí estaba bien fundada, y no hemos sufrido. De cuando en cuando nos hemos sentido frustrados, pero jamás hemos sentido sino seguridad al confiar en el Señor. Nunca hemos dudado de la inspiración o los susurros del Espíritu. Y, eso sí, hemos visto mucho de lo que Él tenía planeado para nuestras vidas.

Capítulo 4

Carácter digno de confianza

A través de mis años de experiencia como encargado de préstamos en un banco, me di cuenta de que las personas son dignas de confianza si viven de acuerdo con su código moral. Claro que ese código debe ser aceptable para los propósitos del banco, los cuales son la recuperación del dinero prestado, incluyendo los intereses. El ser leal a su propio código es de primordial importancia; sin eso no hay ni integridad ni paz en el alma. El presidente David O. McKay lo ilustró con un relato, hace muchos años, en una conferencia general:

"La fortaleza y el desarrollo del carácter dependen del vivir nuestra vida en armonía con nuestro testimonio; y un hombre requiere carácter para vivir sus ideales. Un ejemplo de lo que quiero decir es la historia de dos jóvenes, estudiantes mormones. A ellos se les había enseñado que debían valorar la castidad tanto como la vida misma. Uno de ellos observó que entre sus compañeros de estudio no-miembros había poco respeto por las normas morales y, después de asociarse con ellos por unos meses, comenzó a aceptar sus normas y a dudar de las que había aprendido en su hogar. Un día, le dijo a su compañero mormón el cual era mayor que él: "Esta noche voy a salir con ellos".

"Vale más que no lo hagas", le dijo su compañero.

"¿Por qué no?, -dijo él - ellos se divierten de lo lindo, toman alcohol, fuman y disfrutan de la vida, mientras nosotros estamos restringidos. Ellos estudian y sacan tan buenas calificaciones como nosotros. Voy a salir con ellos. No estoy tan seguro de que nuestros ideales sirvan de mucho".

El compañero de más edad se le acercó, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo: "Puede ser que ellos vayan bien en las clases, y que hagan impunemente todo lo que dices, pero tú no puedes hacerlo".

. -¿Por qué no?

- Porque tú sabes algo que ellos no saben. Y una vez que traicionas tus ideales, tu carácter se habrá manchado.

Esa fue la mejor lección que recibió en la universidad, y me da gusto que la haya aprendido y vivido (Conference Report, October, 1918, pp.137,138).

El carácter se define como la suma de nuestros atributos personales. Esos atributos se hacen evidentes por la manera en que vivimos nuestra vida. Nosotros nos medimos a nosotros mismos mediante esos atributos, y otros también nos miden. Lo que hacemos y decimos revela más sobre nuestro carácter que lo que otros puedan decir sobre nosotros. Nuestro carácter gobierna la manera en que hablamos, la manera en que actuamos y pensamos. Lo que los demás perciben en cuanto a nuestras palabras y acciones, y lo que dicen sobre ellas, constituye nuestra reputación.

Frecuentemente confundimos carácter con reputación. La reputación no es más que la opinión que los demás tienen de nosotros, y puede ser mejor o peor que nuestro carácter. El carácter es algo interno. Solamente el Señor puede evaluar verdadera e imparcialmente todos los factores y hacer la suma total. Los seres mortales pueden hacer únicamente juicios parciales basados en tales cosas como la conducta profesional, el pago puntual de las deudas, el respeto por los derechos de otros, los hábitos personales, incluyendo el de la bebida y los juegos de azar, etc. En realidad, es posible que una persona tenga buena reputación simplemente porque nunca se ha visto presionada por la adversidad o la tentación. Tal vez era eso lo que Salomón tenía en mente cuando dijo: "Todo esto he visto en los días de mi vanidad. Justo hay que perece por su justicia, y hay impío que por su maldad alarga sus días" (Eclesiastés 7:15). Aun cuando definamos el carácter, no lo podemos medir o evaluar con exactitud o justicia, ni siquiera con nuestros más íntimos asociados.

Entre los pensamientos favoritos de mi esposa sobre el carácter, hay uno que dice: "El carácter es la voluntad de cumplir nuestras resoluciones, aunque ya haya pasado el entusiasmo del primer momento".

Ella ha usado a menudo este pensamiento en discursos con los misioneros. Entre , mis apuntes hay otro que dice: "Son los pensamientos del hombre lo que determina su acción en tiempos de oportunidad o presión. Nuestra reacción ante nuestros impulsos y apetitos indica la medida de nuestro carácter. El carácter está relacionado con la fuerza de una persona para gobernar sus propias acciones o rendirse en servidumbre ante fuerzas internas o externas".

El banquero enfrenta un desafío al valorizar el carácter de un cliente. La manera acostumbrada consiste en la recopilación de datos a partir de fuentes tales como otros bancos, agencias de información sobre crédito, competidores, otros negocios que también le proporcionan crédito al cliente, etc. De ahí se forma una imagen compuesta a partir de esa compleja mezcla de historia personal, rasgos y cualidades. En realidad, el banquero está tratando de identificar los riesgos morales. ¿Será el cliente honrado en verdad y usará los fondos para el propósito declarado, o tomará el dinero y cambiará su domicilio a las islas Bahamas o el Brasil? ¿Hará el cliente todo lo que pueda para pagar el préstamo, sin importar el sacrificio personal, o se olvidará de su compromiso si se enfrenta a algún desastre, la "mala suerte" o el infortunio? Lo que el banquero quiere es descubrir la historia del cliente en cuanto a sus intenciones y disposición de cumplir, para así poder proyectar su comportamiento futuro. El banquero toma la peor perspectiva: inflación, altas tasas de interés, nuevos competidores, y todos los otros factores de la economía, tanto nacional como internacional, y luego analiza el carácter del cliente al hallarse bajo presión. Pero por más objetivo que trate de ser, hasta cierto punto siempre tiene que depender de su juicio personal.

¿Puede el banquero juzgar y evaluar al cliente usando solamente sus propias normas, o puede tener el cliente una tabla de valores diferente y aun así ser considerado moralmente solvente para los propósitos del banco? Si en la opinión del banquero, un buen carácter incluye ser miembro activo de alguna iglesia, se formará una opinión negativa si el solicitante del crédito no es activo en esa iglesia. El banquero podrá ser enemigo del alcohol y el tabaco, y tener una opinión muy negativa del cliente que bebe y fuma pero, ¿si el cliente bebe y fuma, en verdad quiere decir eso que el cliente no cumplirá con sus obligaciones financieras?

Tal como lo indiqué anteriormente, mi solución para este dilema, basado en años de experiencia, ha sido confiar en una persona que vive de acuerdo con su propio código moral.

Aunque nos incomode, otros tienden a tacharnos de hipócritas y desconfiar de nosotros si no somos fieles a nuestro propio código. Muchas escrituras dicen o implican que Dios nos juzga solamente por las leyes que conocemos. Es decir, su confianza en nosotros depende de qué tan fieles somos a los códigos que aceptamos. La suma total de nuestras acciones diarias constantemente da forma a los códigos que vivimos. En otras palabras, forjamos nuestro propio destino, o como lo dijo un gran escritor: "El hombre mismo es su propio destino". Todo acto, grande o pequeño, deja una huella en el hombre, formando así los hábitos y el carácter.

No por eso hemos de desalentarnos. Recordemos que la expiación de Cristo puede lavar todos los pecados y salvarnos del castigo del día grande y terrible, si nos arrepentimos y nos esforzamos constantemente por perfeccionarnos. Pero lo que quiero dar a entender es que el pecado engendra pecado, y la rectitud engendra rectitud. Y aun cuando nuestra culpa puede ser limpiada, el hábito del pecado puede volver una y otra vez para atormentarnos durante toda nuestra vida mortal; sus raíces están entretejidas en nuestras fibras y nervios. Y aunque Dios nos haya perdonado, a veces el mundo no nos perdona, por lo que no es fácil restituir la confianza que se ha perdido.

El carácter bien puede ser el principal atributo que podremos llevar con nosotros a la otra vida. No sabemos en detalle lo que logramos en la vida premortal, pero sabemos que estuvimos divididos en dos grupos principales: los que fueron suficientemente fieles para nacer y recibir un cuerpo, y los que no pudieron recibir un cuerpo por haber seguido a Satanás, y fueron arrojados.

Entre quienes vienen a la Tierra y reciben un cuerpo, hay una amplia variedad de dones, talentos y oportunidades. Algunos nacen dentro del linaje de Israel, mientras que otros nacen en circunstancias en las cuales no podrán escuchar el evangelio en esta vida. Algunas diferencias pueden explicarse únicamente con la conclusión de que son resultado del comportamiento en el cielo, antes de nacer. Me refiero principalmente a los "nobles y grandes", a quienes Dios hace sus gobernantes (véase Abraham 3:22-28; Jeremías 1:5). Ellos son aquellos en quienes se puede confiar, y puede referirse también, sin duda, a

muchos dentro y fuera de la Iglesia, que tienen misiones especiales. Así también, de esta vida llevamos al mundo de los espíritus los atributos espirituales que hemos desarrollado al perfeccionar nuestro carácter. Me regocijo en la filosofía de que una de las cosas fundamentales que podemos llevar a nuestro hogar con nuestro Padre Celestial, es lo que llamamos un carácter noble. Seremos sabios si usamos los breves años de esta probación para mejorar lo que llevaremos de regreso ante nuestro Hacedor. El carácter que habremos formado será de la mayor importancia cuando seamos pesados en la balanza. La esencia de ese carácter es ser dignos de confianza. El Señor nos medirá mediante la autodisciplina que hemos logrado. Un antiguo proverbio hindú dice: "No hay nobleza en ser superior a alguna otra persona. La verdadera nobleza (el verdadero carácter) consiste en superarse a uno mismo".

Nunca ha sido fácil lograr la autodisciplina y el autodomínio. Un filósofo dijo: "Tengo más problemas conmigo mismo que con ninguna otra persona que he conocido". La gran prueba del carácter es cómo manejamos nuestra vida al procurar alcanzar nuestras metas. No debemos quedarnos estancados. La gloria viene por lo elevado de las metas que nos fijamos y el progreso que logramos al procurar alcanzarlas, comparados con nuestras metas y progreso anteriores. Para no desanimarnos, poniéndonos metas imposibles a corto plazo, debemos usar sabiduría en determinar a qué paso trataremos de mejorar. Sin embargo, podemos controlar los resultados a corto plazo mucho más de lo que a veces imaginamos. Nuestro destino no se logra por suerte o casualidad; nuestro destino es el resultado de nuestros propios hechos, y éstos son el resultado de nuestros pensamientos.

La idea de que en nuestras vidas hay una relación de causa y efecto, tiene apoyo en Doctrina y Convenios 130:20, 21:

"Hay una ley, irrevocablemente decretada en el cielo antes de la fundación de este mundo, sobre la cual todas las bendiciones se basan; y cuando recibimos una bendición de Dios, es porque se obedece aquella ley sobre la cual se basa."

El desarrollar un carácter bueno (y llegar a ser dignos de confianza) es un proceso que depende de nuestros pensamientos y de nuestra actitud.

Ello queda ilustrado en un libro titulado *Según el hombre pierna*, escrito por James Alien. La esencia del libro queda reflejada en un par de páginas, en las que el autor declara que el carácter del hombre es la suma total de sus pensamientos, y enseguida dice por qué:

"El hombre es literalmente lo que piensa; su carácter es la suma total de sus pensamientos.

Como la planta brota y existe por la semilla, así todo acto del hombre nace de las semillas ocultas del pensamiento, sin las cuales no podría existir...

Las acciones son la flor del pensamiento, y el gozar o el sufrir son sus frutos; por lo que el hombre cosecha la dulzura o la amargura de su siembra...

La mente humana puede compararse a un huerto, el cual puede cultivarse con esmero o descuidarse; pero cultivado o no, algo va a crecer allí. Si no se han sembrado en él semillas buenas, producirá hierbas silvestres en abundancia.

Igual que un jardinero cultiva su terreno, librándolo de la hierba y cuidando las flores y frutos que desea, el hombre puede cultivar su mente, desarraigando los pensamientos impuros, ociosos y erróneos, y cultivando hasta la perfección las flores y frutos de los pensamientos correctos, buenos y puros. Siguiendo ese curso, el hombre descubre que él es el jardinero de su alma, el director de su vida. En él se revelan las leyes del pensamiento, y comprende cada vez mejor cómo operan las fuerzas del pensamiento y la mente en la formación de su carácter, sus circunstancias y su destino...

El hombre recibe las bofetadas de las circunstancias si cree ser el juguete de las condiciones externas; mas cuando se da cuenta de que él es un poder creador, con dominio sobre el suelo y semillas invisibles de su ser y que en última instancia las circunstancias son creadas por él mismo, entonces se convierte en maestro de sí mismo.

Los buenos pensamientos dan buen fruto; los malos pensamientos, mal fruto.

... (El hombre) descubrirá que conforme él modifica sus pensamientos respecto a la gente y las cosas, la gente y las cosas cambiarán respecto a él...

Cambie el hombre radicalmente sus pensamientos, y se asombrará de la rápida transformación que obrará en las condiciones materiales de su vida.

Los hombres no atraen hacia ellos lo que quieren, sino lo que son... La divinidad que formula nuestras metas está en nosotros mismos; somos nosotros mismos... Todo lo que el hombre logra o deja de lograr, es resultado directo de sus pensamientos... Un hombre puede elevarse, conquistar y lograr solamente si eleva sus pensamientos. Puede permanecer débil y miserable sólo si se resiste a elevar sus pensamientos...

El ser humano debe de concebir propósitos dignos en su corazón, y proponerse a lograrlos. Debe hacer de ese propósito el enfoque de sus pensamientos... Debe dirigir continuamente la fuerza de sus pensamientos hacia el objetivo que se ha impuesto. Debe hacer de ese propósito su deber supremo, y consagrarse a su ejecución, sin permitir que sus pensamientos divaguen en fantasías, añoranzas e imaginaciones efímeras. Ese es el camino real hacia el autodomínio y la verdadera concentración de pensamiento. Aunque falle una y otra vez mientras trata de alcanzar su propósito (tal como sucede a menudo hasta que se conquista la debilidad), la medida de su verdadero éxito será no sólo el haber alcanzado la meta, sino la fuerza de carácter que adquiere, y que viene a ser nuevo punto de partida hacia triunfos y poderes futuros.

En nuestras manos tendremos los resultados de nuestros propios pensamientos; recibiremos lo que ganamos, sin más ni menos. Sea cual fuere nuestra situación actual, descenderemos, o nos elevaremos gracias a nuestros pensamientos, nuestra visión, nuestro ideal. Seremos tan pequeños como nuestros deseos: tan grandes como nuestra más alta aspiración.

Los ignorantes y los indolentes hablan de suerte, de buena fortuna, de la casualidad, porque ven solamente los efectos aparentes de las cosas y no las cosas mismas. Ven a un hombre enriquecerse y dicen: "¡Qué suerte tiene!" Otro se vuelve intelectual, y exclaman: "¡Qué favorecido!" Y observando la espiritualidad e influencia de otro, expresan: "¡Cómo lo ayuda la buena fortuna!" Lo que no ven son las dificultades y esfuerzos que esos hombres han enfrentado voluntariamente para poder obtener su experiencia; no saben de los sacrificios que han hecho, de los intrépidos esfuerzos que han realizado, de la fe que han ejercido para poder vencer lo que aparenta ser insuperable, y hacer realidad la visión de su corazón. No saben de la obscuridad y la congoja; sólo ven la luz y el gozo, y hablan de "la suerte", no ven la larga y ardua jornada: miran sólo la meta alcanzada, y hablan de "a buena fortuna"; no entienden el proceso, percibiendo solamente los resultados, y hablan de "la casualidad".

En todas las empresas humanas hay esfuerzo, y hay resultados, y la medida del resultado es la calidad del esfuerzo, no del azar. Los "dones", poderes, posesiones materiales, intelectuales y espirituales son fruto del esfuerzo; son pensamientos llevados a término, objetivos cumplidos, visiones realizadas.

La visión que glorificamos en nuestra mente, el ideal que reina en nuestro corazón: con eso edificaremos nuestra vida; en eso nos convertiremos.

La "suerte", el destino, la fortuna, son conceptos equivocados que han robado al hombre la noble noción del libre albedrío. El crecimiento interno del hombre jamás ha sido el resultado de causas externas.

Es muy cierto lo que alguien ha dicho, que: "El destino de las naciones lo determinan los pensamientos de su juventud". Podemos preservar sólo lo que atesoran sus corazones; todo lo demás se destruirá. Eso le da mayor significado al consejo de Salomón: "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él" (Proverbios 22:6).

Las ideas y valores de nuestros pensamientos se transmiten a nuestra mente durante las experiencias de la vida, como la siguiente:

Dice la madre, despidiéndose de la hija, a quien deja en otra ciudad para estudiar: "Hija, cuando llares por teléfono de larga distancia, pide hablar con tu tío. Como él nunca estará (pues vive en otra ciudad), al contestar nosotros diremos que no está, y así no te cobrarán la llamada. Pero nosotros sabremos que eres tú y que estás bien. Así nos ahorraremos los gastos de larga distancia".

De generación en generación, los pensamientos torcidos se acumulan y llegan a ser culturas torcidas que contribuyen a personalidades torcidas.

Uno puede aprender a pensar y formar un carácter digno de confianza. El siguiente ejercicio es sólo una

de muchas posibilidades:

Póngase frente a un espejo donde se refleje la completa imagen de su rostro. Véase a los ojos directamente y repita lo siguiente:

Este día no tomaré ventaja de nadie. Este día no faltaré a mi palabra.

Este día no tomaré ¡o ajeno.

Este día no buscaré elogios de nadie.

Este día no mentiré.

Este día no pretenderé ser lo que no soy. Este día no evitaré la responsabilidad.

Este día no culparé a nadie.

Este día no evitaré las consecuencias de mis actos

Este día confiaré en Dios todo el día

Y este día seré digno de confianza.

El carácter se edifica en las escuelas, en los campos deportivos, en las iglesias, en actividades de servicio, y más que en ningún otro lugar, se edifica en el hogar. Por lo cual deseo dirigir algunos comentarios a los padres, con la esperanza de alentarlos a procurar darle a cada niño un buen comienzo en la vida. El hogar es el terreno más fértil para el desarrollo del carácter, especialmente si hay en él padres amorosos. El hogar es el mejor lugar para enseñar el dominio de sí mismo, el respeto por los derechos de otros, la delicia de la paz y el orden, y la admiración por la belleza de la buena música y otras artes. Puede que los padres piensen que están logrando poco progreso en lograr que esas metas tan elevadas queden como características permanente y profundamente infundidas en sus hijos; no obstante, en ocasiones vemos a jóvenes misioneros que, mientras que en el hogar se rebelaban contra el hacer sus camas y ser amables con sus hermanos y hermanas más pequeños, en su misión dan un giro de 180 grados. Empiezan a apreciar y a seguir lo que aprendieron en casa. Sus padres pueden enorgullecerse de sus esfuerzos. Los años de enseñanzas valen la pena. Los jóvenes estudiantes universitarios y misioneros dicen a menudo: "Me alegro que mis padres me enseñaran". Y también: "Ojalá que mis padres hubieran sido algo más estrictos todavía".

Cuentan la historia de un condenado a muerte que pidió ver a su madre como último deseo, y se le concedió. La madre entró a la prisión y al acercarse a besar al hijo, éste, en lugar de besarla, le mordió la oreja y casi se la arrancó. Los oficiales de la prisión, consternados, libraron a la madre, y forzando al hijo en la celda le dicen: "¡Hombre desnaturalizado!, ¿qué bestial motivo pudiste tener para hacer tal cosa?" Contestó el condenado a muerte: "Cuando yo era niño, un día me encontré un lápiz en la escuela y lo traje a mi casa. Mi madre me alabó y me dijo: 'A ver qué más te encuentras'. Cuando "encontraba" cosas de otros, mi madre me animaba. Nunca me enseñó a buscar al dueño y regresar lo perdido. De ahí en adelante seguí "encontrando" dinero en casas ajenas y después en tiendas y por último, en bancos. Fue en un banco donde, sorprendido por un guardia, me asusté y lo maté, y aquí estoy ahora frente a la silla eléctrica".

A los niños les beneficia saber que hay límites que no pueden traspasar sin consecuencias. Todavía recuerdo cuando, siendo joven, de repente caí en la cuenta de que aquello contra lo que mis padres me habían advertido, podría ocurrir efectivamente. Aunque no sucediera siempre, algún día sucedería, y cuando ocurriera, entendí que me pesaría no haber obedecido su consejo. Los jóvenes tienden a ser cortos de vista; y lo peor es que tienden a ser miopes exactamente cuando más necesitan la vista panorámica de sus padres. Los padres sabios enseñan a sus hijos a respetar a los mayores, especialmente si son sus tíos, abuelos, líderes de la Iglesia y maestros. Ciertamente, inevitablemente habrá algunos adultos que serán hallados culpables de hipocresía, que profesan una norma y viven otra. Pero los padres pueden aprovechar esa situación como lección para mostrar la importancia de la rectitud, y para probar el valor y el poder de las enseñanzas de la Iglesia. Ese tipo de tragedias hasta puede usarse como ejemplo sobre cómo no dejarse arrastrar por Satanás.

El hogar es el mejor lugar para enseñar el respeto por los derechos de los demás. Desde muy temprana edad, los niños deben respetar los guardarrobas, cajones, recámaras, juguetes, diarios personales, herramientas, etc.,

de los demás. Ello refuerza el valor de la honradez. Las conversaciones en el hogar deben elogiar las acciones y actitudes correctas, al mismo tiempo usando alguna manera apropiada para corregir o castigar al transgresor. Un gran presidente y patriota mexicano dijo en una ocasión: "El respeto al derecho ajeno es la paz". Si no hay paz en el hogar, es quizá porque no todos los miembros de la familia están respetando, en todo sentido, los derechos de cada uno de los demás miembros. Algunos padres fallan en apreciar y respetar los derechos individuales de sus hijos. Por supuesto, es posible que algunos hijos no estén actuando con suficiente autodominio como para merecer los derechos que solicitan. Porque, ¿cómo puede un padre otorgar a sus hijos el derecho de elegir a dónde ir, al salir con alguien del sexo opuesto, y la hora que regresará, si los hijos no han demostrado el buen juicio, la sabiduría y el carácter para mantenerse dentro del margen de seguridad?

El hogar contribuye al desarrollo del carácter, proporcionando un ambiente que haga que los hijos sientan que el hogar es un lugar donde pueden recibir consuelo y confianza. El hogar debe ser un lugar al que podemos ir para recuperarnos de las batallas de la vida. Algunas batallas producen verdaderas heridas, y es el hogar donde el niño o la niña recibe el desinfectante, la venda y el tierno cuidado para enjugar las lágrimas y el dolor. El hogar también puede ser el lugar donde recibimos la paz, comprensión y consuelo que necesitamos para afrontar las calladas batallas internas de la decepción, desaliento, amor no correspondido, malentendidos, fracasos (ser eliminado del equipo, tener bajas calificaciones escolares, no tener compañero para el baile anual de la escuela, etc.), y las demás cosas que acontecen en la vida de todo joven. Se edifica el carácter enfrentando esas grandes tragedias de hoy que mañana se verán como pequeños incidentes. El hogar puede ser el campo de entrenamiento para las batallas y desafíos mayores del futuro.

Una buena meta que pueden fijarse los padres es hacer del hogar un lugar donde los miembros de la familia puedan hallar retiro y descanso de las preocupaciones y perplejidades de la vida. Todos necesitamos paz y descanso para el espíritu, así como necesitamos paz y descanso para el cuerpo. Y podemos hallarlos si el hogar produce ese grado de orden y belleza que da reposo al cuerpo y al espíritu. Puede lograrse aún sin alfombras, riquezas o lujos. Si el hogar es limpio, ordenado, agradable, y si tiene las cosas en su lugar y una flor aquí, un cuadro allí, si las Escrituras y revistas de la Iglesia están a la mano, si tiene esas modestas comodidades, el hogar puede ofrecer paz al espíritu y orden a la vista. La civilización se basa en el hogar. Sin hogares y familias, la virtud desaparece y la ley y el orden se derrumban.

La consideración hacia los animales, hacia los niños, los inválidos, los ancianos, hacia el género humano en general, es una cualidad del carácter. En la mujer se honra y se respeta la amabilidad. Las mujeres parecen tenerla en forma natural. La amabilidad en los hombres se encuentra sólo en los más varoniles. Tenemos evidencia de eso en las historias de personalidades tan viriles como nuestros profetas. José Smith, David O. McKay y Spencer W. Kimball son ejemplos notables de los más varoniles de los hombres, que han hablado tanto acerca de la amabilidad hacia el débil, y también hacia los animales. El hogar es el mejor lugar para enseñar la amabilidad. Los padres deberían enseñar sobre la amabilidad no únicamente en las noches de hogar, sino también buscar los momentos adecuados que surgen constantemente en el hogar.

Otra gran cualidad del carácter es la reverencia hacia las cosas sagradas. Lo importante no es que el tema sea sagrado para nosotros solamente; si es sagrado para cualquier otra persona —ya sea una estatua de Buda, un crucifijo, la Virgen María—debe ser altamente respetado por todos nosotros. La persona de buen carácter respeta instintivamente las cosas sagradas de otras religiones, y las de la suya propia. También trata con gran respeto y caballerosidad a la mujer.

Un hombre de carácter honra a su país, su bandera y su himno nacional; no habla desdeñosamente del patriotismo. Siento lástima por los escritores que suelen buscarles defectos a los héroes de su país. Ciertamente todo héroe es un ser humano, con debilidades normales, pero ¿acaso es correcto exhibir esas debilidades de modo que disminuya el amor y el respeto que tenemos por la obra que realizaron al servicio de su tierra natal? Definitivamente no. Y eso también es algo que los padres deben enseñar a sus hijos a temprana edad.

Los padres que son sabios siempre aprovechan la oportunidad que tienen en el hogar de inculcar en los niños el respeto y alta estima por la naturaleza sagrada de la paternidad. La castidad se enseña mejor si la practican los padres que expresan y demuestran amor por el niño y el uno por el otro. Los distintos

aspectos del sexo se pueden enseñar sabiamente en diferentes tiempos o etapas de la vida del joven. Los padres deben buscar alguna guía sobre el tema, de autores sabios y de los líderes de la Iglesia, y entre padres e hijos debe haber pláticas serias sobre estos sagrados temas. El evitar esas pláticas tan importantes puede disminuir el respeto y honor que el niño sienta por este tema sagrado. Ni la experiencia ni la habilidad para enseñar pueden sustituir la autoridad amorosa de un padre. La virtud y la castidad dan a los jóvenes el vigor, la fuerza y energía, y posteriormente, su virilidad en la edad madura. La castidad es la corona de belleza que da a las señoritas una presencia majestuosa en esta vida y en el mundo venidero. Las bendiciones que reciben las personas de carácter valen todo el esfuerzo que requiere el resistir todas las tentaciones de Satanás, todos los argumentos de la sabiduría del mundo y todas las justificaciones de los pecadores.

Mi más grande deseo es que cada lector se sienta estimulado ante la perspectiva de progreso constante, y que no se desanime ni por las cosas del pasado, ni por los problemas del presente. Jamás olvidemos que el hombre es el arquitecto de su propio carácter, como lo sugiere el famoso poema de Rudyard Kipling:

Si...

Si mantienes tu firmeza cuando en tu derredor todo el mundo se ofusca y tacha tu valor; Si cuando dudan todos, o muestran su temor, excusas su flaqueza sabiendo su dolor; Si puedes esperar y a tu afán poner brida;

Si, blanco de la mentira, esgrimes la verdad, o siendo odiado, cabida al odio jamás das; Si no ensalzas tu juicio, ni ostentes tu bondad; Si sueñas sin que el sueño sea tu majestad; Si piensas y el pensar no mengua tu sentir; Si el triunfo y el desastre no te imponen su ley, y los ves como impostores, uno como aquél; Si puedes soportar que tu frase sincera sea trampa de necios en boca de malvados, o mirarla hecha trizas en cobarde quimera, y tornas a forjarla con útiles mellados; Si todas tus ganancias poniendo en un montón las arriesgas osado en busca de algún don, y las pierdes, y luego, con bravo corazón, sin hablar de pérdidas vuelves a comenzar; Si puedes mantener en la ruda pelea el pensamiento alerta y el músculo tirante, para emplearlos cuando en ti todo flaquea, menos la voluntad, que te dice "adelante "; Si entre la turba das a la virtud abrigo, Si, marchando con reyes, del orgullo has triunfado; Si no pueden herirte ni amigo ni enemigo; Si eres bueno con todos, midiendo tu bondad, y Si puedes llenar los preciosos minutos con sesenta segundos de combate bravo, tuya es la Tierra, y todos sus codiciados frutos, y lo que más importa:

¡Serás hombre, hijo mío!

Capítulo 5

Desarrollándonos en capacidad de confianza

Si creemos verdaderamente que la Iglesia es el reino de Dios y que el Señor nos necesita en verdad —no a otros, sino a nosotros—, ¿no sentiríamos el deseo de prepararnos lo mejor que pudiéramos, con los dones y talentos que el Señor nos ha dado? ¡Deberíamos darnos cuenta de que, por regla general, esos dones y talentos son muchos!, pero no sirven de nada si permanecen ociosos, es decir si su total capacidad no se desarrolla.

Quisiera volver a usar el ejemplo del banquero. Para un banquero, la capacidad del cliente no es más ni menos que la habilidad de pagar puntualmente la obligación contraída. En un sentido más amplio, la capacidad sería el conjunto de los distintos recursos de que el cliente dispone para obtener fondos y hacer los pagos. La capacidad que tiene un individuo para pagar se puede resumir enumerando cosas tales como su salario, empleo, trabajo seguro y estable, otros ingresos, rentas, compromisos contraídos, etc.

Al analizar la solicitud de crédito de una compañía, el banquero evalúa la capacidad de la compañía para cumplir con sus compromisos, a corto y largo plazo, por medio de sus ingresos, ganancias, liquidez, y así sucesivamente. El representante del banco procura crearse una imagen en la mente y en papel, formada por todos los factores involucrados, tales como la capacidad de la gerencia, la capacidad técnica para lograr las metas de producción y ventas, la capacidad para reunir capital adicional y para desarrollar nuevos productos. Podemos definir la posición del banquero diciendo que él trata de evaluar la capacidad que tiene el individuo, o la compañía, para manejar sus finanzas de manera sana y productiva durante el periodo que dure el préstamo. Ello incluye cosas abstractas como el ingenio, la imaginación, la creatividad, demostrados ya a lo largo de cierto tiempo, para poder infundir en el banquero la confianza en la capacidad de la persona o la compañía.

El Señor necesita "gerentes" para manejar su obra aquí en la Tierra. Pero Él nunca llama a los que no desarrollan toda su capacidad para servirlo. No importa si tenemos un solo talento o muchos, debemos desarrollar lo que tenemos, sabiendo que ese esfuerzo demuestra nuestra confianza en Dios. Por medio de sus siervos aquí en la Tierra, el Señor llama a todo aquel que desarrolla su capacidad. Y así como en los negocios es más difícil encontrar buenos gerentes que encontrar capital, en la viña del Señor, el siervo que tiene un talento y lo desarrolla es más digno de confianza que el que tiene muchos y "se duerme en sus laureles".

Si por un momento nos ponemos a pensar en la "deuda" que todos tenemos con Dios —y le debemos todo— sabremos que la única forma de medio-pagar es ayudarle a salvar a sus hijos mediante el servicio que damos. Para servir a otros, Dios nos dio talentos. Para servir mejor, debemos desarrollar esos talentos en toda su capacidad.

Cuando una persona desarrolla la capacidad para servir dentro del reino —y generalmente ello significa desarrollar la misma capacidad que desarrollamos para ganarnos la vida o prosperar en los negocios— está demostrando confianza en nuestro Padre Celestial y en sus siervos que están a cargo de sus "negocios", es decir su obra aquí sobre la Tierra (recordemos Lucas 2:49: "En los negocios de mi Padre me es necesario estar"). Es como si dijéramos: "Tengo confianza en que mi Padre Celestial quiere que yo tenga una mansión en su reino. Confío en que El proveerá, si hago mi parte. Confío en que El se encargará de lo que yo no pueda hacerme cargo. Mis esfuerzos valdrán la pena. No serán en vano. Puedo confiar en mi Padre Celestial. El verá que puede confiar en mí. Desarrollando los talentos y dones que me ha dado, le mostraré mi gratitud por ellos. Y así podrá llamarme a labores que me ayudarán, al mismo tiempo que yo le ayudo a Él". Debiéramos estar anhelosamente consagrados a la edificación del reino, incluso los trabajos temporales que hacen posible efectuar la obra. Las Escrituras apoyan este pensar:

Porque he aquí, no conviene que yo mande en todas las cosas; porque el que es compelido en todo es un siervo negligente y no sabio; por tanto, no recibe galardón alguno.

De cierto digo que los hombres deben estar anhelosamente consagrados en una causa buena, y hacer muchas cosas de su propia voluntad y efectuar mucha justicia; porque el poder está en ellos, y en esto vienen a ser sus propios agentes. Y en tanto que los hombres hagan lo bueno, de ninguna manera perderán su recompensa.

Mas el que no hace nada hasta que se le mande, y recibe un mandamiento con corazón dudoso, y lo cumple desidiosamente, ya es condenado (D. y C. 58:26-29).

Algunos justifican su falta de empeño y decisión, diciendo: "Pero yo no codicio riquezas ni posiciones". Pensando así están confundidos. Codiciar es desear o planear cómo quedarse con el cónyuge de otra persona, o con su riqueza; pero prepararse y procurar obtener algo que pueda ser nuestro legítimamente, no es codiciar. Recordemos cuán rico y famoso era Job, uno de los hombres más perfectos que hayan vivido jamás. Y luego que el Señor lo probó, le duplicó todo lo que había tenido antes.

Pero no es posible desarrollar la capacidad que Dios nos ha dado sin trabajar duro. El trabajo es la esencia de la capacidad. Nuestra capacidad consiste en lo que podemos hacer, qué tan bien lo hacemos, cuan dispuestos estamos a hacerlo, y hasta qué punto nuestro cometido coincide con lo que deseamos hacer. Y todo eso requiere trabajo.

Cierto es que en cada uno de nosotros hay dones y talentos naturales o en estado latente. Estos talentos forman parte de la base de la capacidad. Pero sin el trabajo que los desarrolla y los vuelve fructíferos, no son de ningún valor. La vida necesita de sueños e ilusiones para tener sentido, pero por cada hora de sueños debe haber cuando menos otras veinte de trabajo. Por eso, si yo tuviera que ordenar en grado de importancia las características de la capacidad, tanto en el plano espiritual como en el temporal, la primera sería la habilidad para trabajar duro. Alguien ha llamado a eso el Evangelio de Trabajo. "Con el sudor de tu rostro", frase tan antigua como el hombre sobre la Tierra, es parte integral de esta vida tal como el Señor la designó. Todo intento para evitar el trabajo está destinado al fracaso, mientras que todo esfuerzo para ennoblecerlo, elevarlo y honrarlo, merece toda nuestra atención.

Tomás Carlyle, un famoso escritor de Inglaterra, nos ha dejado esto en uno de sus ensayos:

En el trabajo hay una perenne nobleza, aun santidad. Aunque el hombre olvidara o ignorara su grandeza, habría en él esperanza si tan sólo trabajara con empeño. Es en la ociosidad donde muere la esperanza.

Un reciente evangelio en este mundo es: "Aprende tu trabajo, y hazlo". Escrito está: "El trabajo tiene un significado infinito". Trabajando, el individuo se perfecciona a sí mismo. Se desmontan malezas, campos de siembra aparecen y ciudades majestuosas...

Bienaventurado es el que ha encontrado su vocación de trabajo; no pida ese hombre mayor bendición. Ya tiene obra qué hacer, ya tiene propósito la vida. Encontrada la vocación el hombre la sigue.

El trabajo siempre ha sido, y es, la vida misma.

Carlyle nos dice que debemos labrar nuestra felicidad a base del trabajo, o de lo contrario nunca sabremos lo que es la verdadera felicidad. Es impresionante cuando uno se topa con un hombre genial, pero lo es aún más el encontrarse con quien constante y regularmente se ocupa de un trabajo común. Me encanta el poema que sobre el trabajo escribió Henry Van Dyke:

Quiero hacer mi trabajo cada día, en el campo, bosque, escritorio o telar, en mercado bullicioso o sosegado lugar,

Quiero, cuando anhelos ajenos pretendan desviarme,

decir en mi corazón:

"Esta es mi obra, mi bendición; no es castigo.

Entre todos los vivientes, soy yo el que puede

hacer esta obra como se debe "

Entonces percibiré que lo que hago ni es

*demasiado grande ni muy pequeño
para mi espíritu o para mis dones.
Entonces contento pasaré las horas de esfuerzo,
y al caer las sombras de la noche,
alegre iré a casa para jugar, amar y descansar
de mi trabajo, que a mi alma hace gozar.*

El hombre, la capacidad y el trabajo no se pueden separar —el amor al trabajo, trabajo infatigable, que se hace hasta terminarlo, mientras el sol alumbra; trabajo noble, asignado, necesario. Cada uno de nosotros debería preguntarse: ¿Sabe el Señor qué tanto estoy dispuesto a trabajar? ¿Le he demostrado mi capacidad para trabajar, para que pueda confiar en mí? ¿Conoce mi líder del sacerdocio la disposición que tengo para trabajar? La preparación para servir y desarrollar nuestra capacidad requieren trabajo. La mitad de la batalla en la vida, cuando menos, es el aprender a amar el trabajo.

El trabajo que lleva al éxito requiere que hagamos coincidir nuestros dones individuales con las oportunidades que la vida nos presenta. Todos tenemos dones especiales, los cuales usualmente no están completamente desarrollados; unos poseen ciertos dones en mayor grado que otros; algunos los pueden desarrollar más fácilmente que otros. Pero todos tenemos que trabajar. Y las oportunidades que son comunes a todos —la paternidad, la obra genealógica, la orientación familiar, la obra de las maestras visitantes y el resto de nuestras labores diarias y servicios caritativos— forman una gran escuela que nos invita a trabajar. Mientras más trabajamos en ellas, más llegamos a amarlas y vemos que son el cimiento mismo de nuestra religión.

Hay pasajes muy especiales en las Escrituras que establecen el fundamento para el desarrollo de la capacidad de trabajar en la gran obra del reino que el Señor ha confiado a nuestro cuidado. Uno de ellos es el Sermón del Monte. Podemos decir que es el cimiento del verdadero comportamiento cristiano. También es el curso final, porque ningún ser mortal ha sondeado nunca toda su profundidad. Recomiendo al lector la versión nefita (3 Nefi 12-14), porque actualiza para todos nosotros la versión de la Biblia, después de haberse cumplido la ley de Moisés. Nada puede sustituir la lectura y meditación personal de esos versículos. Sin embargo, señalemos aquí unos cuantos de los principios que Jesús enseñó en ese sermón:

1. Todas las bendiciones del reino se otorgan solamente si "venimos a Cristo".
2. Si estamos listos para soportar dos tercios del abuso que probablemente enfrentaremos, tendremos siempre bajo control nuestros sentimientos y actitudes.
3. Aunque con paciencia a veces tengamos que esperar, recibiremos al menos tanto como lo que damos.
4. Nuestros pensamientos preceden a nuestras acciones. Si conservamos puras nuestras mentes, evitaremos el pecado.
5. No debemos enseñar las cosas sagradas a quienes no están listos todavía para escucharlas, y por lo mismo las hollarían bajo sus pies.
6. Son las Autoridades Generales quienes no han de preocuparse por el día de mañana, aunque es posible que ellos nos pidan que nosotros, sin temor, nos preocupemos por muchos "mañanas".
7. Nuestra dedicación al reino debe ser completa. No podemos servir a dos amos. No podemos amar al mundo y al reino al mismo tiempo.
8. No debemos tratar de perfeccionar a otros antes que a nosotros mismos.
9. Dios contestará nuestras oraciones.
10. Debemos hacer con otros lo que quisiéramos que ellos hicieran con nosotros.
11. Muchos son los que permanecen en el error. Pocos siguen la verdad.
12. Cuidémonos de los falsos profetas. Por sus frutos los conoceremos.

13. La medida suprema de la santidad es hacer la voluntad del Padre, no el realizar milagros.

14. Podemos llegar a ser perfectos como el Padre y el Hijo son perfectos.

Una vez que hemos aceptado el cimiento de la conducta cristiana, como está descrita en el Sermón del Monte, debemos desarrollar la capacidad latente que Dios ha sembrado en nosotros en forma de dones espirituales. En Doctrina y Convenios 46:10-33 podemos repasar el significado de esos dones del Espíritu. La lectura repetida y la meditación fervorosa nos ayudarán a comprender nuestros propios dones espirituales, para que podamos orientarnos hacia la especialización en nuestra preparación para servir. Nótese que la sección 46 aclara que si nacemos de nuevo, se nos promete cuando menos uno de dos dones que son fundamentales: saber por el poder del Espíritu Santo que Jesús es el Cristo, o tener fe, por medio del Espíritu Santo, en el testimonio de quienes lo saben. Además de eso, el Espíritu Santo puede otorgar dones adicionales cuanto le plazca. Y así toda la Iglesia puede ser edificada por medio de esos dones del Espíritu. Nótese también que se nos invita a buscar los mejores dones.

Aunque debemos buscar los mejores dones, uno de los dones principales es el espíritu de servicio. Ese don es muy importante para el desarrollo de nuestra capacidad para ser dignos de confianza en el reino. Juzgo interesante que Job, a quien el Señor llamó perfecto desde antes de su gran prueba, basara toda su defensa en el hecho de que su mente era pura, y su vida, llena de servicio caritativo (véase Job 29-31, especialmente 31:1-12). Eso es lo que nos dice Doctrina y Convenios 121 que es la clave para hacerse digno de confianza ante la presencia del Señor: entrañas llenas de caridad; caridad para todos nuestros semejantes, "la casa de fe", y con una mente despojada de malos pensamientos (léanse especialmente los versículos 34-36).

Todas estas Escrituras nos enseñan la importancia de desarrollar nuestra capacidad individual. Los jóvenes sabios escogerán una carrera exigente, que necesite mucha instrucción y capacitación, pues las destrezas temporales van de la mano con las habilidades espirituales. Quienes tengan el valor y la fortaleza para prepararse para las carreras más difíciles, encontrarán que también serán de mayor servicio a la Iglesia. Un ex obispo de un barrio estudiantil de la Universidad Brigham Young, comentó que siempre había escogido a los secretarios de barrio y sus auxiliares de entre los estudiantes que cursaban las carreras más exigentes, pues éstos nunca quedaban mal; y los líderes de la estaca continuamente llamaban a personas de entre sus secretarios, para ocupar posiciones importantes a nivel de estaca. Esos individuos acabaron por ser llamados como obispos, consejeros, miembros del Sumo Consejo, secretarios de estaca, etc. Poseían la habilidad y el hábito del trabajo. Se notaba inmediatamente su actuación sobresaliente cuando comenzaban como secretarios de barrio.

Consideremos estas frases del libro de proverbios:

La mano negligente empobrece; mas la mano de los diligentes enriquece.

El que recoge en el verano es hombre entendido: el que duerme en el tiempo de la siega es hijo que avergüenza (10:4, 5).

El alma del perezoso desea, y nada alcanza: mas el alma de los diligentes será prosperada (13:4).

También el que es negligente en su trabajo es hermano del hombre disipador (18:9).

Aun el muchacho es conocido por sus hechos, si su conducta fuere limpia y recta (20:11).

Si queremos ser mayordomos competentes en el reino —mayordomos para supervisar el crecimiento, y no mayordomos de estancamiento; mayordomos que puedan ser siervos útiles al Señor y que puedan multiplicar los bienes que se les confían— necesitamos aprender técnicas directivas de práctica comprobada. Se ha dicho con algo de verdad que en los negocios necesitamos aplicar más lo que aprendemos en la Iglesia, y en la Iglesia, aplicar más lo que aprendemos en los negocios. En los negocios se habla de la habilidad para el manejo de personal, para el manejo del dinero, habilidad directiva por medio de meta, técnicas personalizadas, como las que se describen en los libros profesionales, etc. En la Iglesia hablamos a la manera del Salvador: el que quiera ser el mayor debe aprender a ser el menor y servir a sus consiervos, al grado que, en sentido figurado, imite el acto del Salvador de lavar los pies de los Apóstoles. Tales líderes serán humildes servidores de sus hermanos para siempre jamás, en lugar de líderes autócratas, dictadores y dominantes. El profeta José Smith tenía una singular filosofía de liderazgo: "Les enseñé principios correctos y ellos se gobiernan a sí mismos". Alguien dijo en broma que lo que el

Profeta quiso decir fue: "Les enseñó principios correctos, y les enseñó, y les enseñó, y les enseñó, y entonces por fin ellos comienzan a gobernarse a sí mismos". Bueno, hay que repetir para perfeccionar.

De todos modos, la verdad es que si tenemos la capacidad para gobernarnos a nosotros mismos con paciencia y caridad, llegaremos a ser dignos de confianza y se nos confiará gran cantidad de trabajo todos los días de nuestra vida.

Capítulo 6

Capital espiritual

Hay tres características de nuestra vida que el Señor toma en cuenta para saber si somos dignos de confianza. Ya hablamos del carácter como una de esas características. El carácter queda ilustrado en el Salmo 15:4

"El que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia".

Es decir, el hombre digno de confianza hace lo recto sin pensar en las consecuencias. La segunda característica que el Señor toma en cuenta es la capacidad, es decir, lo que podemos hacer, qué tan bien podemos hacerlo y cuán dispuestos estamos a hacerlo.

La tercera característica, la cual consideramos aquí en este capítulo, es el capital espiritual, es decir el tesoro que hemos acumulado en el cielo, "donde ni polilla ni orín corrompen, ni los ladrones minan ni hurtan" (Mateo 6:29-21).

El capital terrenal incluye cosas como el dinero, las acciones, los bonos, los bienes raíces, materias primas, inventario y toda clase de valores. El capital espiritual es otra cosa. El capital espiritual se encuentra, sobre todo, en la riqueza de la relación del hombre con Dios, propiamente establecida y fomentada. En el caso de Moisés o de José Smith, Dios tomó la iniciativa para establecer la relación; pero la mayoría de nosotros entra en relaciones con Dios y su reino por medio de los profetas, los líderes de estaca, los líderes de barrio y otros siervos del Señor. Por lo tanto, si deseamos ser amigos de Dios, necesitamos aprender a almacenar el capital espiritual de lealtad hacia todo lo noble, incluyendo la Iglesia y sus líderes.

Podemos acercarnos a Dios y hacernos dignos de su confianza, básicamente a través de los siervos del Señor. El Señor designa a sus siervos; Él los escoge y es leal a ellos; Él los sostiene; de lo contrario, su casa sería una casa de confusión. Los amigos de los siervos de Dios, son amigos de Dios (véase D. y C. 84:35-38,51-58. 77; 112:20; Mateo 10:40-42). Podemos ver que lo mismo sucede a la inversa: los enemigos de los siervos de Dios, son enemigos de Dios. Si buscamos los tesoros que no se corrompen, esos tesoros no están en este mundo. Esos tesoros consisten en ganarnos la confianza de Dios y ganarnos la confianza de los hombres que ya se han ganado esa confianza, y a quienes Él ha llamado para dirigir su obra aquí en la Tierra.

Para algunas personas es muy difícil confiar en seres humanos con debilidades humanas, y aceptar que pueden ser los portavoces autorizados del Señor. Lo vemos ejemplificado vividamente en la parábola de *Lázaro* y el hombre rico. *Lázaro*, el mendigo, al morir fue al seno de Abraham, pero el hombre rico al morir fue al tormento. Posteriormente, el hombre rico rogó que *Lázaro* fuera enviado a sus hermanos, para que éstos pudieran escapar de las consecuencias que él sufría. Se le dijo que sus hermanos ya tenían a Moisés y a los profetas. Él contestó que sus hermanos estarían más dispuestos a escuchar a uno que se levantara de los muertos; más aún, estaba seguro que escucharían a un mensajero enviado de entre los muertos (véase la parábola completa en Lucas 16:19-31): Por cierto, esa actitud de no confiar o respetar a los profetas vivos, es muy común, y ha sido una actitud casi universal desde los primeros tiempos. Los miembros de la familia de Moisés, a quien muchos consideran el profeta más grande (sin contar a Jesús, que es un Dios), se rebelaron contra él (véase Números 12). Y toda la nación israelita se rebeló repetidamente contra él, cuando estuvo vivo. Después de muerto siempre lo honraron.

El hombre rico de la parábola no creía que un ser mortal pudiera ser tan convincente como uno que se levantara de los muertos. Pero en su parábola, el Salvador nos dice que se debe escuchar a los profetas vivos tanto como si fueran mensajeros celestiales. El Salvador señala en este relato que si una persona no acepta a un profeta viviente, tampoco aceptaría a uno que viniera de entre los muertos. Tal es la naturaleza humana.

Casi toda la gente tiene más disposición para aceptar a los profetas muertos que a los vivos. Para los judíos de los tiempos de Jesús era más fácil honrar a los profetas del Antiguo Testamento que habían vivido

miles de años antes, que honrar a Jesús y a Pablo, por ejemplo. Y para los cristianos en general, es más fácil aceptar a Pedro y a Pablo, que a José Smith. En nuestras mentes vemos a los profetas muertos como algo más que simples mortales. Los elevamos hasta el grado de perfección en la carne, e ignoramos sus debilidades. Pensamos que si hubiéramos vivido en el tiempo de Noé, no hubiéramos sido de los que lo rechazarán, sino que hubiéramos estado al lado de él y sus hijos, construyendo el arca y juntando las parejas de animales antes que comenzara a llover.

Decimos: 'Amamos a los profetas, sí señor, y si hubiéramos vivido en sus tiempos, no los hubiéramos rechazado. Estamos completamente seguros que hubiéramos seguido a Moisés al desierto sin murmurar, y que no hubiéramos estado entre los que fundieron el oro para hacer el becerro. No, señor, nosotros no. Hubiéramos sido de los más fieles. Y cuando Brigham Young estaba a punto de salir para el oeste, no nos hubiéramos quedado atrás, ni nos hubiéramos rebelado por el camino'.

Es muy fácil decir cuán justos hubiéramos sido si hubiéramos vivido hace dos mil años, o hace cien. No hubiéramos negado a Jesús, como Pedro. No hubiéramos insistido, como Tomás, en ver al Señor resucitado para poder creer. De haber vivido en aquellos tiempos, no hubiéramos encontrado defectos en los profetas, ni en el Salvador, y no hubiéramos dudado nunca. Por consiguiente, nuestra conducta hubiera sido imaculada.

Desde luego, posiblemente esto no se aplica a todos. Lo he dicho de esa manera para recalcar algo: así ha actuado el mundo en general, pero no los miembros fieles. Los fieles han aceptado a los profetas. Probablemente nadie es perfecto en su aceptación de los profetas; pero en general, los miembros activos que cumplen la ley del diezmo, aceptan y siguen a los profetas modernos. Y lo hubieran hecho también si hubieran vivido en otros tiempos (véase Mateo 23:29-33 y Hechos 7:51-53; al leer esos pasajes, téngase en mente que había una minoría con fe y una mayoría incrédula). Pero es casi seguro que si hubiéramos vivido en los días de Moisés, no lo hubiéramos aceptado ni más ni menos de lo que aceptamos hoy a los profetas vivientes que están a la cabeza de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Si nos oponemos a algunas de las directivas de la Iglesia hoy, es posible que, como María su hermana, hubiéramos criticado a Moisés por tomar una esposa no israelita. Y hubiéramos dicho, como ella: "¿Quién es Moisés para monopolizar las decisiones en cuanto a las normas y procedimientos de la Iglesia?" Para algunos, el problema de no confiar en los profetas o Autoridades Generales de hoy, empieza cuando ven a uno de ellos que viste prácticamente como nosotros, que quizá haya sido 'muy mortal' en otros tiempos (que haya tenido algo que ver en una empresa que quebró, o que haya apoyado un programa que después se discontinuó porque no funcionó como se pensaba, o que tiene un hijo o nieto que no sigue el ejemplo y las enseñanzas de su ilustre padre o abuelo). Puede ser que algunos profetas tengan éstos u otros 'defectos' menores. Pero ¿qué importa? Seguimos a los profetas porque son dignos de confianza, son los ungidos del Señor y porque el Señor lo manda. Además, hay que entender que para volver con nuestro Padre Celestial y gozar de todas las bendiciones que forman parte de su reino eterno, no existe alternativa. Debemos decir, como dijo Pedro cuando Jesús preguntó a los Doce si también ellos querían abandonarlo, como lo habían hecho casi todos los demás: *'Señor, ¿a quien iremos? Tú tienes palabras de vida eterna'* (Juan 6:68). No importa hasta que punto los sectarios interpreten la Biblia para que diga otra cosa, tenemos en ella un testimonio, de cuatro mil años de antigüedad, de que la Iglesia no puede existir y la obra de Dios no puede seguir sin la revelación continua por medio de sus profetas. Entonces, el que sigue a los profetas modernos acumula capital celestial.

Para muchos no-miembros, y quizá también para muchos miembros, es algo extraño el que una persona mortal nos diga qué es lo que Dios considera como pecado. No nos gusta que nadie nos diga lo que tenemos que hacer. Y tampoco queremos estar cerca de alguien que, con inspiración, puede ejercer poderes especiales para discernir nuestros pensamientos y nuestros pecados. Pero, ¿en quién más podemos confiar para administrar las llaves de la salvación en pro nuestro? No hay más. Así como el Salvador entregó las llaves a Pedro y los Apóstoles de la antigüedad, así las ha dado a nuestros profetas de hoy. Definitivamente no podemos confiar en nadie más. La historia y la vida moderna están llenas de ejemplos en que hombres equivocados han llevado a otros al fracaso en los negocios, a la decadencia moral, a la tragedia y a la confusión. No podemos confiar ni en los eruditos, ni en quienes controlan nuestro dinero, ni en ninguno de los 'grandes' en el campo profesional terrenal. Los únicos en quienes podemos confiar son los escogidos del Señor, escogidos a la manera que dictan las Escrituras. Hay muchos así llamados "profetas" o "maestros" que se han autonombrado, pero siempre

llevan a sus seguidores hacia la confusión, las tinieblas y el pecado. Predican movimientos populares, o se adhieren a las formas de algún movimiento pasado, en lugar de seguir las verdades eternas. Únicamente los profetas vivientes, llamados por revelación, sostenidos por común acuerdo y aprobados por el Señor, pueden guiarnos a través de las muchas pruebas y tentaciones que surgen día con día y año con año. Los profetas verdaderos no siguen las tendencias populares, sino que nos conducen cuidadosamente y con seguridad mediante el proceso de perfeccionar a los santos, a hacer la obra del ministerio y edificar el cuerpo de Cristo (véase Efesios 4:11-16 y D. y C. 112).

Quienes están familiarizados con las Escrituras antiguas y modernas, y con la historia secular y eclesiástica, saben que los profetas nunca nos conducen al error. Por otra parte, ni el más sabio entre los que no tienen el don profético sabe gran cosa. Solón, el sabio griego de gran reputación en tiempos antiguos, dijo: 'Como tontos boquiabiertos nos entretenemos con sueños sin sentido... La inseguridad sigue sin duda a toda obra humana, y nadie sabe, al iniciar una empresa, cómo resultará. Un hombre, aun esforzándose por hacer lo justo, puede llegar al desastre y la ruina, porque no puede ver lo que le depara el futuro: mientras que otro puede ser un bribón, y puede escapar no sólo el castigo de su propia locura, sino puede terminar por verse bendecido con el éxito en todo' (citado por Hugh Nibley en *The World and the Prophets*, Deseret Book Co., 1954).

Otro filósofo antiguo dijo casi la misma cosa: "Las esperanzas del hombre, navegando en un mar de falsas suposiciones y desaciertos, se ven elevadas en un momento, sólo para caer derribadas en el siguiente. Porque ningún mortal, sin autoridad divina, ha recibido jamás de los dioses la garantía absoluta de que sus planes saldrán como él cree. Siempre hay una incógnita que echa a perder todo intento por predecir el futuro" (Nibley, *The World and the Prophets*).

Varias de las obras de Eurípides, el autor griego, terminan con la misma declaración pesimista que parece resumir su conclusión escéptica sobre la calidad impredecible de esta vida mortal. Por ejemplo: "Los dioses toman formas diversas. Sí, hacen suceder cosas sorprendentes. Y aquello en lo que hemos creído confiadamente, no llega a cumplirse, mientras que los dioses logran hacer que suceda lo que nadie espera. Así son las cosas" (Nibley, *The World and the Prophets*).

Si seguimos los planes humanos, no hay garantía de seguridad en esta vida. En cambio, se nos garantiza que si confiamos en los profetas de Dios y los seguimos con todo cuidado, finalmente todas las cosas obrarán para nuestro bien. Una vez terminadas las pruebas de esta vida, hay una recompensa para los fieles. Además, los fieles pueden vivir esta vida con más paz y seguridad. Aun en los tiempos difíciles, las palabras de los profetas pueden sostener a los obedientes.

Sólo en los profetas de Dios podemos confiar para ser guiados por entre los grandes peligros que nos amenazan constantemente. Es algo grandioso que la Iglesia proclame que somos guiados por profetas, como lo fueron los santos de la antigüedad. Pero nuestro profeta no está obligado a profetizar sobre eventos futuros; ni está obligado a responder a preguntas para satisfacer la curiosidad de los hombres sobre un asunto o problema cualquiera. Él habla cuando el Espíritu lo inspira a hablar. Declara lo que Dios le revela. No le afecta la opinión pública, ni hace nada para aumentar su popularidad o la de la Iglesia. Otra vez, los que siguen a los profetas acumulan capital espiritual.

Nosotros confiamos en nuestros profetas vivientes, y los amamos, pero no los adoramos ni vivos ni muertos.

Nosotros adoramos solamente a Dios, el Padre Eterno. Adoramos a cada miembro de la Trinidad en grado o sentido ligeramente diferente; reconocemos al Padre como la cabeza, luego a su Unigénito como su representante y nuestro Redentor. Pero de ninguna manera adoramos a ninguno de los profetas, ya sean antiguos o modernos. No les rezamos ni les atribuimos alguna santidad especial. No creemos que puedan interceder por nosotros, o que sus buenas obras puedan prestarle méritos a las nuestras. Creemos que toda salvación e intercesión reside en la persona de Jesús. Solamente su expiación puede satisfacer la justicia (véase Hechos 4:12; Mosíah 3:17; Helamán 5:9).

Tenemos respeto por todos nuestros profetas muertos, y damos oído a sus enseñanzas, especialmente toda enseñanza o revelación que ha llegado a formar parte de nuestros libros canónicos. Pero es en los profetas vivientes en quienes debemos confiar para enfrentar los eventos y circunstancias presentes de la vida.

Muy pocos debatirían la idea de que la amistad con Dios es un gran capital espiritual. Pero muchos no

alcanzan a ver que para poder ser amigos de Dios debemos ser amigos de los profetas, porque Dios trabaja por medio de ellos. Si perseveramos en leer el Antiguo Testamento hasta empezar a entenderlo realmente, veremos que es un testimonio de antigüedad milenaria sobre el hecho de que el capital (la reserva espiritual) de un pueblo se agota rápidamente cuando éste rechaza y persigue a los profetas. Y así resulta ser, tanto en sentido literal como figurado, tanto temporal como espiritualmente. Las naciones que persiguieron y guerrearón contra Israel, se desvanecieron en la pobreza y el olvido una tras otra. Los mismos israelitas prosperaron en todas las cosas siempre que siguieron con todo cuidado a los profetas, mas cuando les volvieron la espalda y se negaron a arrepentirse, sucedió que luego de un tiempo Dios les dio la espalda a ellos. Entonces se precipitaron hacia la cautividad, tanto temporal como espiritualmente. Los profetas de Israel fueron un tesoro nacional. Con ellos el pueblo tuvo capital espiritual.

El Señor nos ha amonestado que si ocurre el rechazo del evangelio y, especialmente, del Libro de Mormón, eso resultará en la cautividad temporal y espiritual y la destrucción de la gran nación de los Estados Unidos de Norteamérica, y de todos los otros pueblos (véase, por ejemplo, 1 Nefi 14:6, 7; D. y C. 84:49-59). La pobreza, la esclavitud y todos sus horrores consiguientes se apoderarán de todos los que confíen en otro "capital" que no sea el que se halla en la amistad con El Señor y sus amigos (véase D. y C. 84:63-77; 98:1-3; 112:1-34). Si un hombre ama a sus amigos, ¿acaso les daría la espalda y ayudaría a sus enemigos? Dios tampoco hará eso con los amigos de sus profetas. Y no tenemos por qué andar juzgando la dignidad de los amigos de Dios, sus líderes ungidos en cualquier nivel. Podemos confiar que será Dios quien juzgue a sus siervos. Él también nos juzgará a nosotros por la manera en que apoyamos a sus siervos (sea que parezcan merecer nuestro apoyo, o no). Nosotros podemos confiar en Él. Esta confianza en Él y en sus siervos almacenará un capital eterno que nos servirá en el día del juicio.

Quisiera hacer la advertencia de que el capital espiritual, como el terrenal, puede corromperse por nuestra negligencia. Como banquero, aprendí que no debo corromperme con sobornos, apuestas, regalos y favores. Un buen banquero no debe tener un pasado que pueda ser usado en contra suya. Hasta una apuesta en las carreras de caballos puede perjudicarlo algún día. Ello podría calificarse como *evidencia prima facie* de que "jinetee el dinero", que toma prestado dinero que no es suyo para cubrir pérdidas inesperadas en las apuestas. Poniendo eso en el ámbito espiritual, quiero formular una pregunta: ¿Sería apropiado que como Autoridades Generales, presidentes de estaca y otros líderes, tuviéramos a personas que no han sido escrupulosas en su moralidad y vida profesional? Ciertamente que existe el arrepentimiento, como lo muestra la historia de Alma, hijo. Pero, en general, es necesario tomar en cuenta la reputación personal para determinar si la persona es digna de confianza, es decir, determinar si tiene capital espiritual. Un pasado sin mancha es capital en un sentido muy especial. Una vez más deseo añadir que el Señor y sus líderes son indulgentes. Apliquemos este principio a nuestro pasado, no a nuestro futuro. Apliquemos el arrepentimiento a nuestro pasado, pero conservemos sin mancha nuestro futuro. Y conservarse sin mancha es tan importante para un maestro de los diáconos como lo es para una Autoridad General.

No te impacientes a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad.

Porque como hierba serán pronto cortados, y como la hierba verde se secarán.

Confía en Jehová, y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacientarás de la verdad.

Deleítate asimismo en Jehová, y El te concederá las peticiones de tu corazón.

Encomienda a Jehová tu camino, y confía en El; y Él hará.

Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía.

Guarda silencio ante Jehová, y espera en El.

No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades.

Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo.

Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la Tierra.

Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí.

Pero los mansos heredarán la Tierra, y se recrearán con abundancia de paz (Salmos 37:1-11).

La gente tiende a pensar que el ahorro —la acumulación de capital— significa vivir en la privación.

Eso es una perspectiva miope de la vida. El ahorro bien vale el autodomnio y esfuerzo que requiere. Los tiempos en que ahorramos mejoran enormente los tiempos que les siguen. Y así es con el capital espiritual: una vida de servicio y fidelidad a Dios y sus siervos traerá como resultado una eternidad de riquezas celestiales, la vida con el Padre, en su reino, para siempre. Nada menos.

Capítulo 7

Digno de confianza por el autodomínio

El carácter, la capacidad y el capital espiritual dependen primordialmente del grado de desarrollo de nuestro autodomínio. No se puede confiar en una persona que no tiene control de sí misma. Ciertamente, el Señor retirará su confianza de quienes no pueden controlar sus pensamientos, su lenguaje y su comportamiento.

Hacia finales de la Segunda Guerra Mundial ingresé en el programa de vuelo para cadetes de la Fuerza Naval. Poder pilotear los aviones de la Fuerza Naval era una aventura emocionante pero arriesgada. Ocasionalmente, algún cadete cometía un error y estropeaba uno de los aviones. Si sobrevivía, se le requería que hiciera un reporte escrito del accidente. Normalmente, en el reporte reconocía haber omitido algo importante, como bajar el tren de aterrizaje, ajustar la temperatura del carburador, cargar suficiente combustible de reserva, etc.

Uno de los incidentes que recuerdo es sobre un cadete que no quería admitir su error, a pesar de haber destruido su nave y otras tres más. Su reporte del accidente declaraba: 'La velocidad de la nave era excesiva para el descenso. La nave tocó la pista primero con una llanta y después con la otra... Fue dando varios saltos por la pista... La nave se salió de la pista, deslizándose por el pasto... Cruzó la pista de rodaje... siguió rebotando por el pasto... El ala derecha dio contra una camioneta mal estacionada... y entonces perdí el control y dimos de lleno contra los tres aviones estacionados...'

Es obvio que el avión estaba fuera de control desde el principio. El cadete probablemente perdió todo el control en la cabina, mientras ocurría el desastre. Antes del accidente es seguro que ya había perdido el control de cosas tan esenciales como la velocidad aerodinámica y la dirección. Pudo haber apagado el motor, usado los frenos, etc., en lugar de ir a chocar contra los aviones estacionados mientras el motor lo impulsaba a mil quinientas revoluciones por minuto. No hubo control de ninguna especie.

Con una actitud parecida, pero con mucho más serias consecuencias, un joven vino a ver a su obispo y confesó un pecado grave. Sin embargo, el joven creía que todo seguiría como si nada hubiera pasado, pues decía: "Lo que pasó fue un accidente... no era mi intención hacerlo".

Muy pocos miembros de la Iglesia tienen verdaderamente el deseo de cometer pecados; pero debemos saber también que son muy pocos, si acaso los hay, los que pecan por accidente.

En este caso, cuando el obispo examinó el asunto a fondo, se dio cuenta de que la vida de este joven estaba completamente fuera de control. Había estado saliendo con la misma jovencita con demasiada frecuencia, y cada vez pasaba con ella muchas horas, hasta muy tarde, e iban a lugares de mala fama y hacían cosas incorrectas. Eran "un accidente andando", esperando la oportunidad para ocurrir. Satanás proporcionó la oportunidad, y ocurrió el "accidente". Se habían metido a terreno peligroso. Habían perdido el control. Iban en la dirección equivocada. No estaban haciendo lo correcto. No volvían a casa a la hora que sus padres les decían. No confiaban en Dios y sus mandamientos para guardarse puros. Confiaban en "el brazo de la carne", es decir en su propia sabiduría, que finalmente se debilitaría bajo la tensión a que la sometían. Habían comenzado a perder su virtud poco a poco. Nadie (excepto quizá Satanás) estaba en los controles. Ciertamente es que el perdón estaba a su alcance, pero el "accidente" había hecho un daño que sería muy difícil reparar. Aun cuando puede efectuarse una reparación (espiritual) mediante el arrepentimiento y la Expiación, en una situación como ésta existe un gran riesgo de que el carácter, la confianza en sí mismo y la reputación sufran un daño permanente.

Antes de que se cometa cualquier pecado, los pensamientos del transgresor ya han estado fuera de control. "Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él" (Proverbios 23:7), o en eso se convierte. Por esa razón el Señor nos dice que se espera que controlemos nuestros pensamientos, y que si no lo hacemos, seremos juzgados y condenados por ellos, como si hasta cierto punto hubiéramos cometido el pecado mismo a través de ellos. Alma lo dice muy claro:

"Porque nuestras palabras nos condenarán, sí. todas nuestras obras nos condenarán; no nos hallaremos sin mancha, y nuestros pensamientos también nos condenarán. Y en esta terrible condición no nos atreveremos a mirar a nuestro Dios, sino que nos daríamos por felices si pudiéramos mandar a las piedras y montañas que cayesen sobre nosotros, para que nos escondiesen de su presencia." (Alma 12:14).

¿Qué duda puede haber al respecto? Nosotros mismos somos los responsables por las cosas que pensamos. Siempre hay quienes quieren echarle la culpa a otro, pero aquí vemos que a cada quien se le dará lo que le corresponde, como debe ser. Somos nosotros los que debemos controlar lo que pensamos.

Al meditar un poco sobre el tema, podemos entender por qué es necesario que controlemos nuestros pensamientos: es como si se tratara de una cadena:

Los pensamientos se convierten en palabras.

Las palabras se convierten en acciones.

Las acciones se convierten en hábitos.

Los hábitos forman el carácter.

El carácter determina nuestro destino.

El rey Benjamín, al terminar su discurso, dijo la misma cosa con esta joya filosófica:

"Y por último, no puedo decir todas las cosas mediante las cuales podéis cometer pecado; porque hay varios modos y medios, tantos que no puedo enumerarlos.

Pero esto puedo decir, que si no os cuidáis a vosotros mismos, y vuestros pensamientos, y vuestras palabras y vuestras obras, y si no observáis los mandamientos de Dios ni perseveráis en la fe de lo que habéis oído concerniente a la venida de nuestro Señor, aun hasta el fin de vuestras vidas, debéis perecer". (Mosiah 4: 29. 30).

Hay gente que rechaza la idea de que somos responsables cuando perdemos control de nuestros pensamientos, arguyendo que los pensamientos no son pecado en realidad sino hasta que se produce la acción. Eso es un argumento de Satanás. En el Sermón del Monte, el Salvador señala que mirar con lascivia a una persona del sexo opuesto es cometer adulterio en nuestro corazón. Nos da a entender que el pensamiento ocurre antes que ocurra el hecho. El cuerpo no es sino un instrumento de la mente. Por lo cual, el Salvador aconseja no cometer adulterio en nuestro corazón, e implica que es casi tan malo como cometer el acto mismo. Por esa razón dio la ley mayor: para que nadie tuviera ni siquiera pensamientos inmorales, o se imaginara a sí mismo en situaciones inmorales. El dijo: "Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo (y a continuación da la ley mayor) que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón" (Mateo 5:27, 28; véase también 3 Nefi 12:27-29). En la actualidad podríamos decir: "Cualquiera que mira con lujuria a una persona del sexo opuesto, ya adulteró con ella en su corazón". Eso incluye tanto al hombre como a la mujer, pues tal parece que, en el mundo actual, el hombre y la mujer tienen la misma iniciativa para el pecado.

Hay sicólogos que llegan al grado de afirmar que los accidentes no existen, que antes de la acción se produce el pensamiento, trátase de cosas buenas o malas, intencionales o no. Dicen que un músico no toca una nota equivocada sin pensarlo primero; que hasta el acto de tropezar se origina en un pensamiento subconsciente, y que por eso ocurre.

Yo no creo que ninguno que roba un banco pueda convencer a nadie que el robo haya sido un accidente, que casualmente llegó al banco con una pistola y la apuntó hacia el cajero, y que entonces perdió el control de sí mismo y de su boca salieron las palabras: "Esto es un asalto", sin que él lo pudiera evitar. A nadie le gusta ir a la cárcel. Es demasiado común que los abogados defensores usen el argumento de que "todo fue un infortunado accidente", cuando en realidad existían los pensamientos, y los controles o restricciones establecidos fueron ignorados o violados con toda premeditación. Todo pecado se piensa antes de hacerse. Satanás puede guiar el proceso, y éste puede ser muy sutil —*publicidad pornográfica, ropa inmodesta, películas sugestivas, chistes inmorales y revistas y novelas manifiestamente pornográficas, etc.* De manera que se pierde el control de los pensamientos mucho antes que se produzca el pecado.

Nosotros somos los guardianes de nuestra mente. Nosotros podemos controlar nuestros pensamientos. Nuestras mentes son como computadoras: lo que de ellas sale depende de lo que en ellas entra. Si permitimos que entren pensamientos impuros en nuestra mente, lo que saldrá serán pensamientos impuros en forma de palabras o acciones. Seremos juzgados si dejamos que en nuestra mente entre basura en lugar de pensamientos buenos, inspiradores, que nos eleven. Cuando se active la memoria de nuestra mente en el gran día del juicio final, muchos de nosotros nos vamos a avergonzar por las imágenes que aparecerán en la pantalla de nuestra mente (véase 2 Nefi 9:14). Vamos a querer escondernos al ver la basura que aparecerá. Si no nos hemos arrepentido y participado de la expiación de Cristo, se nos presentará, para nuestra completa vergüenza y deshonra, todo chiste obscuro que hayamos contado, toda cosa repugnante, toda revista, imagen, película o novela pornográfica, toda cosa tenebrosa y deplorable que hubiéramos preferido ocultar. Habremos quizá pensado que ya estaba todo olvidado, pero ese día nos encogeremos de vergüenza, a no ser que hayamos puesto en orden nuestra vida y nuestras mentes mientras estábamos todavía en nuestra probación mortal. Eso significa que nos hayamos arrepentido y pedido el perdón; que hayamos revestido nuestra mente con elementos espirituales, inspiradores y educativos; que hayamos buscado lo bueno en los mejores libros; que hayamos procurado afanosamente mejorar nuestra mente y la calidad de nuestros pensamientos: que hayamos buscado la cultura y la belleza y los ideales del evangelio; que nos hayamos esforzado por llenar nuestra mente con pensamientos sobre el Salvador, y con la clase de pensamientos que Él quisiera que tuviéramos. Si nuestro arrepentimiento es genuino, nuestra mente se purificará y el temor se alejará de nosotros. Jesús es el único Juez (véase 2 Nefi 9:41), y Él conoce todos nuestros pensamientos y las intenciones de nuestro corazón. ¿No sería preferible que viera la pureza y belleza reflejada en nuestros pensamientos, en lugar de basura?

Los padres deben esmerarse por proveer a sus hijos con la motivación y la oportunidad de participar en entretenimientos y lecturas edificantes y educativos. La Iglesia provee ayuda, pero es la responsabilidad de los padres estar al tanto de los hábitos de sus hijos con respecto al material que leen y que ven en el cine y en la televisión. Cuando los hijos llegan a la edad de responsabilidad, adquieren una responsabilidad individual por lo que entra y lo que sale de sus mentes. Esa es otra razón por la que las Escrituras nos aconsejan leer "de los mejores libros" (D. y C. 88:118).

El Eder Boyd K. Packer nos ha enseñado que podemos controlar nuestros pensamientos si sustituimos los que son grises o decididamente oscuros con pensamientos espirituales. Nos ha recordado que la luz puede reemplazar a las tinieblas. Si ponemos en nuestra mente una escritura o el mensaje de uno de nuestros himnos favoritos que hayamos memorizado, los pensamientos indebidos se borrarán de la pantalla de nuestra mente. Es claro que se necesita el autodomínio, pero ése es exactamente el propósito de la vida. Debemos controlar nuestras acciones y nuestros pensamientos. Esa es la esencia de la prueba de esta vida. En casi cada uno de sus discursos de las conferencias, el Presidente David O. McKay nos exhortaba a ejercer el autodomínio no solamente como el medio para lograr nuestras metas en esta vida, sino también por ser el propósito fundamental de la mortalidad misma.

Nuestro carácter será juzgado más por lo que decimos de otros que por lo que otros digan de nosotros. Debemos controlar nuestra lengua. Los demás llegan a conocernos y a formarse una idea de nuestro valor y nuestro carácter, principalmente por nuestras palabras, nuestro vocabulario y nuestras frases. Recordemos nuevamente que Alma lo dijo muy claramente: "...nuestras palabras nos condenarán..." (Alma 12:14). Santiago también acusa enérgicamente a los que no controlan su lengua:

Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión de tal es vana (Santiago 1:26).

Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo.

He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo.

Mirad también las naves; aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego!

Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno.

Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, lleno de veneno mortal.

Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios.

De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así.

¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?

Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce.

¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre.

Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía (Santiago 3:2-13; 3:17).

Uno de los atributos de los grandes líderes de la Iglesia que yo he conocido es que, aunque son usualmente hombres con gran fuerza de voluntad y opiniones muy firmes, no hablan mal de nadie. Si no pueden decir algo positivo sobre determinada persona, no dicen nada. En sus llamamientos llegan a conocer las debilidades y los pecados de mucha gente y, si quisieran, dispondrían de muchos chismes o "información jugosa" que compartir. No obstante, honran la sagrada confianza que se ha depositado en ellos, y dicen sólo lo bueno de todo mundo. También es cierto que hay ocasiones en que elevan su voz en justa indignación a favor de causas justas, o en contra del pecado y el error. Hay líderes muy elocuentes para predicar contra el pecado y Satanás. Mas todos los líderes que conozco temen hacer o decir cualquier cosa que desacredite la reputación de otra persona, buena o mala. La clave es que sienten amor por el pecador, aunque aborrecen el pecado.

Los rumores y los chismes hacen un daño terrible a la gente inocente. Muchos de los que cuentan chismes lo hacen por inflar su reputación. Y es por la opinión tan pobre o distorsionada que tienen de sí mismos, que no pueden resistir la tentación de hacerles ver a otras personas que ellos saben algo, que "supieron algo", que están al tanto de algo tan secreto que nada más la gente "importante" lo sabe. En algún mal lugar han adquirido la idea errónea de que hablar mal de alguien —decir algo titilante o escandaloso— mejorará su propia imagen a los ojos de quien los escucha. Y aunque eso es mentira, no obstante, la tendencia continúa. Sólo el espíritu del evangelio puede cambiar esa tendencia, y aun así el progreso suele ocurrir lentamente. El chismorreo es una enfermedad tanto de jóvenes como de viejos; tanto de hombres como de mujeres. Las palabras dichas, como las plumas que se sueltan al viento, no se pueden recoger fácilmente. El daño se hace demasiado rápido.

El control de este mal hábito está en nuestra mente. Si en ella no hay pensamientos chismosos, en nuestra boca tampoco habrá palabras. Si por nuestro llamamiento sabemos de alguna cosa negativa, debemos aprender a controlar tanto nuestra mente como nuestra lengua. En todo caso es cuestión de control y autodominio. En eso consiste la prueba.

El lenguaje vulgar también se elimina controlando la lengua, pero en forma diferente al chisme. El lenguaje vulgar depende del hábito y la falta de un vocabulario adecuado para expresar frustración, emoción, pasión, etc. En una palabra, es necesario controlar las emociones.

Si uno trabaja en un ambiente donde casi todos usan maldiciones, se requiere mayor dominio de sí mismo que si trabajara en un ambiente más refinado. El problema también puede darse en el hogar. Los hijos tienden a usar las palabras que oyen de sus padres; también aprenden las palabras de los niños con los que juegan. Si los padres ponen suficiente énfasis en el uso de palabras buenas y limpias, los niños aprenderán lo que es apropiado y lo que no lo es. La tarea principal de los padres debe ser no sólo evitar malas palabras en el hogar, sino ayudar a sus hijos a eliminar esas palabras de su vocabulario.

Yo estuve algunos años en la Fuerza Naval, donde me vi rodeado por el lenguaje más vulgar. Pero esas

expresiones nunca llegaron a formar parte del vocabulario de varios de nosotros, porque nunca lo permitimos. Para ello se necesita un esfuerzo consciente, así como disponer siempre de las palabras apropiadas. Parte del problema es simplemente la falta de madurez. La mayoría de los hombres crecen tratando de impresionar a los que son mayores que ellos; en cuanto notan que los mayores usan lenguaje soez, los jóvenes tratan de demostrar cuán crecidos son, usando las mismas palabras. Afortunadamente hay quienes han crecido sin tener ese mal ejemplo y que han crecido también conociendo héroes modernos que siempre han usado lenguaje limpio. Pero hay algunos que nunca han crecido, y todavía siguen tratando de demostrar lo "grande" que son, mediante lo pequeño de su vocabulario.

Yo nunca me sentí atraído por el lenguaje vulgar, y estoy seguro que eso se debió a la siguiente experiencia: Mi padre murió cuando yo tenía unos seis años. Él ha sido un héroe para mí toda mi vida. Todos hablaron siempre de él con respeto; yo me sentía orgulloso de ser su hijo. Llegó el día inevitable, cuando yo tenía entre once y doce años, en el que quise impresionar a los muchachos más grandes, diciendo algunas palabrotas. Las pensé y las repetí para acostumbrarme a decirlas fácilmente. Si mi madre me hubiera oído, de seguro me hubiera curado con una buena dosis de jabón en la boca.

Esperé el momento cuando no hubiera adultos alrededor. Había un grupo de muchachos sentados entre dos carros, platicando. Llegó el momento oportuno y dije mi discursito adornado con las palabrotas que impresionarían a los más machos de entre ellos. En ese mismo instante pasó por ahí un hombre vecino nuestro. Yo no lo había visto acercarse, por la manera en que los carros estaban estacionados. Pasó como si no hubiera oído nada. Poco después regresó por el otro lado de los carros, y me llamó: "¿Qué tal, Bobby, puedes venir un momento por un recado para tu tío?".

Me sentí aliviado de que no me hubiera reprendido en público. Lo seguí hasta que nuestras voces quedaron fuera del alcance del grupo de muchachos. Me miró fijamente y me dijo: "Bobby, oí lo que dijiste. A tu padre no le hubiera gustado oír eso de tí". Entonces se fue. Sus palabras me llegaron hasta el tuétano. Ningún otro castigo me hubiera infligido más dolor. El fue muy sabio al no humillarme enfrente de quienes yo había tratado vanamente de impresionar, pues así tal vez yo lo hubiera ignorado. En vez de eso, me hizo pensar en mi padre. Me dio en el lado donde más dolió. Y hasta el día de hoy tiemblo de sólo pensar en ese momento, o en cualquier otro en que pudiera decir palabras que disminuyan la confianza de mi padre, mi madre, el profeta o alguna otra persona, especialmente mi Salvador.

Hay muchas maneras en que se puede ser vulgar y profano; y hay palabras y frases que toman en vano el nombre del Señor. Se cuenta de la gente de un lugar que no veía nada malo en usar ciertas palabrotas groseras muy comunes. En cambio, ellos se asustaban de la gente que vivía en el pueblecito vecino, quienes, con cierta frecuencia tomaban en vano el nombre de Dios aunque, eso sí, nunca se rebajaban al grado de usar las palabrotas que usaban los del otro pueblo. Unos y otros se miraban con aire de superioridad; todos estaban en error; ninguno tenía excusa; todo consistía en un hábito innecesario. Y lo menciono aquí porque, tratándose de la vulgaridad y del uso del nombre del Señor en vano, muchos desaprueban las palabras de otros pero no ven sus propios pecados. Su escasez de vocabulario ha provocado que se formen malos hábitos, y ni siquiera notan que maldicen.

Había dos amigos, jóvenes adolescentes, que acordaron ayudarse el uno al otro a eliminar ese mal hábito. Cuando uno le oía al otro una mala palabra, el segundo le daba un golpe al primero en el músculo del hombro, con todas sus fuerzas. Era un juego muy varonil, y dio resultado. Tras unos cuantos moretones, los dos habían puesto su boca en orden. Si algún joven mormón tiene el vicio de maldecir, se le recomienda ese juego.

Al Presidente Spencer W. Kimball, santo profeta, y muy varonil, una vez lo llevaban en camilla a la sala de operaciones. Desafortunadamente, el camillero se machucó un dedo entre la camilla y la puerta del elevador, cortándose y empezando a sangrar, por lo que el joven soltó una maldición muy popular, con la que tomó en vano el nombre del Señor. El profeta, algo adormilado por los sedantes que ya se le habían comenzado a administrar en preparación para la operación, abrió los ojos trabajosamente, y le dijo: "No diga eso, por favor. El es mi mejor amigo". El camillero, reprendido con amor, pidió disculpas.

¿Tenemos nosotros tanto amor por el Salvador que haríamos lo que hizo el profeta? ¿Evitaríamos que se abusara del nombre sagrado del Salvador? ¿Lo haríamos con amor?

Igual que cualquier máquina, el enojo puede salirse de control. Por nuestro propio bien y el de

quienes nos rodean, necesitamos aprender a controlar esa emoción o pasión. Algunos hacen rabietas; otros vociferan y se encolerizan, mientras que otros parecen estar bufando de cólera por dentro. Es cierto que a algunos les es más fácil controlarse que a otros, pero si vamos a procurar el reino celestial, el enojo es algo que debemos controlar, cueste lo que cueste. El Salvador también nos dio la ley mayor a ese respecto, por la cual debernos guiarnos. Se encuentra en el Sermón del Monte, junto con otras leyes mayores que dio al mismo tiempo. Fue el Salvador quien grabó los Diez Mandamientos en las tablas de piedra. Siendo Él mismo el autor de la ley de Moisés, como el Jehová del Antiguo Testamento (antes de nacer de María). Por lo mismo, el Salvador, como representante del Padre, tenía la autoridad para dar una interpretación más elevada de los Diez Mandamientos. Dijo a la multitud, como se encuentra en 3 Nefi:

Habéis oído que ha sido dicho por los de tiempos antiguos, y también lo tenéis escrito ante vosotros: No matarás; y cualquiera que matare estará expuesto al juicio de Dios.

Pero yo os digo que quien se enoje con su hermano corre peligro de su juicio. Y cualquiera que diga a su hermano: Raca, quedará expuesto al concilio; y el que le diga: Insensato, estará en peligro del fuego del infierno (3 Nefi 12:21, 22; véase también Mateo 5:21, 22).

Mucha gente comete el error de decir que la ley de Moisés era más dura que el evangelio. Ciertamente, en relación a los castigos y al control de la vida cotidiana, la ley de Moisés era más severa, pero el evangelio es una ley más difícil de vivir, como lo muestra el pasaje anterior. Jesús no pide a sus discípulos solamente que se abstengan de matar; pide algo para que ni siquiera exista la posibilidad de matar. Les pide que eviten el enojo y el uso de epítetos ofensivos. Eso requiere control. Hay quienes piensan que su enojo tiene "justa razón". Quien golpea a los niños, o a su esposa, piensa que hay razón justificada. Quien abusa de los animales cree que hay un buen motivo para causarles dolor. No debería haber ninguna duda de que Dios no aprueba un temperamento desenfrenado. El enojo engendra homicidios, tanto como la lascivia engendra adulterios. De ahí que debemos eliminar de nosotros la lascivia y el enojo, antes que se conviertan en pecados más graves. Por supuesto, cuando sea necesario hay que reprender "con severidad" (inteligentemente), cuando lo sugiera el Espíritu Santo (D. y C. 121:43). Hay que recordar que la ira sin freno es una emoción humana, no divina.

Si nosotros esperamos asociarnos con Dios, con ángeles, profetas y seres pacíficos en una atmósfera celestial, no podremos permitirnos ser personas que estallan en arrebatos de ira. Durante nuestra estancia en la Tierra aprendamos a controlar nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones, y aprendamos a conducirnos de manera apropiada para tan sagrada compañía. Hagamos un esfuerzo para cambiar lo que debe cambiar en nuestro hogar y en nuestro trabajo. Podemos hacerlo. Ahora es el tiempo de adoptar el espíritu de los himnos: "Sé prudente, oh, hermano" y "Oh, hablemos con tiernos acentos".

Las emociones como el enojarse y el ofenderse, son veneno para el espíritu. Quien sufre ataques de tales emociones, pierde el Espíritu rápidamente. Satanás aprovecha esas emociones para destruirnos y hacer su obra. Comúnmente sucede que la persona que abriga resentimientos contra otra por ofensas reales o imaginadas, o que se siente ofendida o enojada con otra, deja de asistir a la Iglesia. Esa persona no puede disfrutar de las cosas espirituales; las emociones negativas contrarrestan sus deseos espirituales; el espíritu de venganza, de castigo y retribución, toma el mando de su corazón y de su mente, y pierde el Espíritu del Señor. Precisamente por eso nunca debemos dejar de asistir a la reunión sacramental, pues nos induce a perdonar, ya que no podemos participar del sacramento estando enojados.

Esos sentimientos negativos son como un veneno. Debemos reaccionar ante ellos como lo haríamos al ser mordidos por una serpiente venenosa. Si una víbora de cascabel me muerde y escapa, ¿qué debo hacer? ¿Acaso debo tomar un garrote e ir a buscar a la serpiente, para matarla, o debo primero procurar extraerme el veneno cuanto antes? La respuesta es obvia. Igual ocurre cuando nos enojamos y nos ofendemos.

Debo extraerme el veneno inmediatamente; nunca debo pensar en castigar al transgresor; no servirá de nada; corro más riesgo yo que el ofensor.

Este concepto es extraño para la mayoría de las personas que se sienten enojadas u ofendidas. Normalmente quieren atacar y castigar al "enemigo". Recuerdo el relato de un hombre que entró a la oficina

de un obispo en la Iglesia, con la cara roja y las venas sobresaltadas, demandando: "Debe usted hacerle un tribunal eclesiástico a fulano de tal. Tiene que excomulgarlo. Hay que castigarlo".

El obispo ya sabía algo sobre el problema que había entre ellos, y le contestó: "Según parece, ese hermano lo ha ofendido mucho".

"Así es", fue la respuesta inmediata.

El obispo añadió: "Hermano, déjeme leerle una escritura". El ofendido rechazó el ofrecimiento, diciendo: "Léasela a él".

Pero el obispo insistió, tratando de persuadirlo: "Sí, pero escúchela usted primero", y le leyó de Doctrina y Convenios comenzando en la sección 64, versículo 9: "...debéis perdonaros los unos a los otros; pues el que no perdona las ofensas de su hermano, queda condenado ante el Señor...".

Antes que pudiera continuar, el ofendido lo interrumpió, diciendo en voz alta. "Léale eso a él; léale esa parte que habla de ser condenado ante el Señor, eso me gusta".

"No me está entendiendo -dijo el obispo.- Esto es para usted. Dice que 'el que no perdona las ofensas de su hermano, queda condenado ante el Señor, porque en él permanece el mayor pecado'".

En otras palabras: el que se siente ofendido y no perdona al ofensor, pierde el poder de la Expiación. La expiación de Cristo no le vale hasta que el ofendido ejerza el perdón. El que no perdona recoge de vuelta sus antiguos pecados, y todas sus pasadas culpas lo abruma de nuevo, y su pecado es mayor. Su situación ahora podría ser peor que la del ofensor, quien posiblemente no lo ofendió intencionalmente. Son pocos los ofendidos que comprenden esto, pero está bastante claro. El veneno lo tiene dentro el que siente la fuerte emoción negativa de sentirse ofendido, o agraviado, o enojado. Por supuesto, el culpable de la ofensa tendrá que dar cuenta de su pecado, pero el ofendido debe extraerse el veneno, y pronto —sin procurar castigar al ofensor— antes que ese veneno mate su espíritu. La manera de extraerse el veneno es perdonando, olvidando, disculpando a la otra persona, siendo comprensivo con las debilidades y temperamento humanos, no siendo tan riguroso con detalles insignificantes, considerando que probablemente la otra persona se equivocó, etc., etc.

"Tampoco apliques tu corazón a todas las cosas que se hablan, para que no oigas a tu siervo cuando dice mal de ti; porque tu corazón sabe que tú también dijiste mal de otros muchas veces" (Eclesiastés 7:21,22).

Diciendo: "Lo perdono pero no puedo olvidar", no saca el veneno de nosotros, y no sirve para nada. Los viejos resentimientos y los lamentables malentendidos entre vecinos, o entre familiares, o parientes políticos, o entre hermanos de la Iglesia, son un infortunio para todos los involucrados. Repito que la solución es que el ofendido practique el perdón y el olvido. Será la única manera en que alcanzará el perdón del Señor para sus propias ofensas. Como juzgamos a otros, seremos juzgados. Mientras más misericordiosos seamos con nuestros semejantes, más misericordioso será el Señor con nosotros.

Entonces, el perdonar es poner toda la confianza en Dios. Y ésa es también la manera de hacerse digno de confianza.

Y después de todo, la mayor parte de las ofensas son imaginadas. Habrá personas que ocasionalmente hagan comentarios mordaces, pero aun así, muchas veces es por descuido y no intencionalmente. Un filósofo dijo: "Sentirse insultado cuando la otra persona no pretendía insultarnos, es descabellado. Sentirse insultado cuando la otra persona pretendió insultarnos, es doblemente descabellado, porque la carga del pecado está toda en el que ofende... hasta que nosotros se la quitamos al no perdonarlo. Entonces nos quedamos con la carga y el mayor pecado".

En una rama de la Iglesia en Sudamérica, una jovencita hacía su mejor esfuerzo para tocar el pequeño órgano de pedales; se trataba de un instrumento muy viejo, y ella estaba batallando mucho. Entonces su madre oyó que otra hermana decía despectivamente: "Esa organista no sirve para nada". La madre se ofendió, y tomando a su hija de la mano, salió sin decir una palabra. Pasado un tiempo sin que nadie viera en la Iglesia ni a la madre ni a la hija, el presidente de la rama visitó el hogar. La madre, todavía lastimada por el incidente, le dijo que no volvería a la Iglesia mientras la hermana fulana estuviera ahí. El presidente de la rama visitó a la otra hermana, la cual negó haber dicho jamás nada que fuera ofensivo. Entonces, el presidente de rama se dio a la tarea de reunir a las dos mujeres, lo cual no fue fácil. La madre volvió a relatar

cómo había sido insultada su hija. Súbitamente, la otra hermana se cubrió la cara con las manos, acongojada al recordar la situación, y exclamó: "¡Oh no! ¡Pensó usted que me refería a la organista, su hija, cuando dije que no servía para nada?".

"Eso es exactamente lo que usted dijo", replicó la madre.

"Qué confusión tan terrible", dijo la otra mujer. "Lo que yo dije fue: 'Ese organito no sirve para nada', pues está muy viejo y necesitamos uno nuevo. Lamento demasiado que me haya mal interpretado, pero yo nunca diría ni una palabra en contra de su hija tan buena, y de su habilidad para tocar".

Se llamaron testigos que pudieran verificar la conversación, y se resolvió el asunto. Pero ¿cuán frecuentemente se ofenden las personas inocentes por comentarios inofensivos, y nunca se reúnen para aclarar las cosas? ¡Qué tragedia! Si el ofendido nunca da el primer paso, puede ser que el "ofensor" nunca sepa lo que el otro cree haber oído. Este tema tiene muchas variantes. La única solución razonable es que la persona ofendida perdone y olvide—que se extraiga el veneno, que controle sus emociones, por su propio bien y el de los demás.

Este capítulo ha sido una relación detallada de las cositas cotidianas, difíciles, que debemos hacer para pasar la prueba mayor de esta vida, que podríamos llamar "la prueba celestial". No es mi intención desanimar a nadie. Me siento muy agradecido por la Expiación; me siento muy agradecido por la promesa que se halla en Mosiah 26:30: "Sí, y cuantas veces mi pueblo se arrepienta, le perdonaré sus transgresiones contra mí".

Sin esa esperanza en Cristo, todos estaríamos perdidos. Pero el reverso de la moneda es que nuestros esfuerzos deben ser sinceros. Unos estamos más atrasados que otros pero todos debemos ir encaminados en la dirección correcta. Eso es parte fundamental del arrepentimiento. Es modificar el rumbo que lleva nuestra vida, aceptar a Jesús como nuestro Redentor y como nuestra única esperanza de salvación, y entonces avanzar paso a paso hasta llegar al reino sempiterno.

A veces deseamos que de un salto pudiéramos llegar hasta el cielo, pero el autodomínio se logra poco a poco, con dedicación constante.

Permítaseme ilustrarlo valiéndome de mi experiencia como piloto. Durante los últimos treinta años he volado en aviones de diversas clases, tanto en los Estados Unidos como en Latinoamérica. Una vez, habiendo vuelto a los Estados Unidos luego de una ausencia de varios años, un muy buen amigo me ofreció su nuevo Cessna bimotor. Por coincidencia, era uno de mis aviones favoritos. No sólo tenía motores especiales que lo llevarían a grandes altitudes, sino también tenía todos los radios, aparatos electrónicos de navegación, equipo para medir distancias, instrumentos para volar en toda clase de condiciones meteorológicas, oxígeno, etc., como si fuera aeronave comercial. Era para mí el avión perfecto, pero con gran esfuerzo rechacé la oportunidad de volar en él, diciendo: "Algún día iremos a México en él".

Pasaron los meses, y cada vez que veía a mi amigo, me ofrecía el avión, pero nunca sentí que debiera aceptar, a pesar de que la oferta era sincera. Un día, mi amigo trajo a mi oficina el juego de llaves y el manual del piloto, mostrando así que estaría encantado si yo usaba su avión. Con las llaves en mis manos, sentí un gran deseo de ir a México, a uno de mis lugares favoritos. Desgraciadamente, mi amigo no podía acompañarme, pero insistió en que yo fuera. Hablamos sobre los requisitos para que su póliza de seguro me cubriera a mí, y descubrimos que para eso yo necesitaba pasar un vuelo de prueba, acompañado de un inspector autorizado, pues ya hacía tiempo que yo no había volado ese particular tipo de avión.

Hicimos los arreglos, y me reuní con el inspector a un costado del avión a la hora fijada, con mis licencias expedidas en Estados Unidos, Argentina, Paraguay y Ecuador, y con documentos de vuelo que registraban vuelos efectuados en Cessnas 310 a través de selvas, montañas, desiertos y límites internacionales. Sonrió tranquilamente, aunque pareció no impresionarse, y dijo: "Ya he oído de usted, y no dudo que haya volado todo lo que dice, pero debo suponer que esos vuelos se completaron sin que hubiera ninguna emergencia. Ahora vamos a ver qué tan bien puede usted volar cuando todo sale mal". Durante la hora que siguió, me hizo maniobrar bajo todo tipo de circunstancias adversas. Simuló toda emergencia que se le pudo ocurrir. Apagó controles que debían ir encendidos. Encendió los que debían estar apagados. Trató de desorientarme y atemorizarme. Quería saber en verdad qué tan bien podía yo volar cuando todo andaba mal. Al terminar, estampó su firma en el documento y dijo: "Muy bien, usted es la clase de piloto a quien yo le confiaría mi familia". Lo consideré un cumplido, alegre de

haber pasado la prueba.

Esta vida es como un vuelo de prueba. Espero que cuando me toque estar delante del Señor, me dé su aprobación y diga que hice lo correcto aun cuando todo salía mal aquí en la Tierra. Y espero que todos actuemos de igual manera cuando todo sale mal en la vida. Y volviendo a la metáfora con que empieza este libro, el ejemplo del banquero, si cumplimos con las cosas de la vida diaria —las cosas que hacen las esposas y madres, las que hacen los padres fieles y los hijos respetuosos— estaremos depositando dinero en el "banco espiritual" y aumentando nuestra línea de crédito. Y estaremos llegando a ser más dignos de confianza.

Capítulo 8

Las recompensas de confiar en Dios

Pablo dijo que la fe es "la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Hebreos 11:1). La fe, entonces, es la medida de nuestra confianza en Dios. Para medir nuestra confianza en Dios, sólo hay que decidir cuánto tiempo estamos dispuestos a esperar las bendiciones que él promete. También podemos medir esa confianza decidiendo cuántas y de qué tamaño son las pruebas de la vida que estamos dispuestos a aguantar (véase la página 18). Podemos ilustrar eso dando un ejemplo de cada una de estas medidas de fe y confianza.

El primer relato se refiere al principio del diezmo. Los casos que usualmente escuchamos sobre este principio casi siempre hablan de alguna demostración milagrosa de mejoría económica dentro de un plazo corto, que compensa por el diezmo que se ha pagado, es decir, el converso recibe un ascenso en el trabajo cuando empieza a pagar el diezmo, o le pagan un dinero que ya había dado por perdido, etc., etc. Hay una mejora drástica en la situación financiera. Tales bendiciones son consecuencia legítima de la bien conocida promesa que se encuentra en Malaquías 3:10. Pero, ¿qué pensaremos de la persona que paga diezmos y, que sin hacerse rica materialmente, sigue fiel hasta el fin de su vida? ¿Acaso debemos confiar en Dios solamente cuando nos contesta como queremos que nos conteste? ¿Habrá recompensas que a veces no captamos? ¿Entendemos bien que Dios bendice de muchas maneras?

El siguiente relato es sobre una situación así. Comienza a principios de este siglo. Ana tenía unos veintidós años y vivía con su madre viuda en una casita que rentaban en el sur de Inglaterra. Ellas dos y el novio de Ana habían ingresado a la Iglesia ya hacía uno o dos años; pero en esos días no se enseñaba a los investigadores todo lo que se les enseña ahora y, en todo caso, no se le daba al diezmo todo el énfasis que justamente se le da hoy día. Estas mujeres habían oído algo sobre el diezmo, pero nada más. Vivían en circunstancias muy pobres, y dependían de los raquíticos ingresos que Ana recibía por su trabajo arduo y prolongado en una fábrica, y por la ropa que lavaban las dos en casa, que, por supuesto, lavaban a mano en aquel tiempo. "Estaban seguras" de que no tenían dinero para pagar el diezmo. Una tarde vino a verlas una mujer que había vivido en la región y había emigrado a Utah, y ahora se encontraba de visita en el país. Mientras hablaban de la Iglesia y lo que ésta representaba para ellas, llegaron al tema del diezmo, y la mujer les dio su testimonio de ese principio. Sonaba muy bonito, pero ¿cómo podían ellas dar la décima parte de sus ingresos tan reducidos e inseguros? "Nosotras no podemos pagar el diezmo", dijeron Ana y su madre. La visitante reaccionó en forma sorpresiva. "No me digan que no pueden pagar el diezmo", les dijo, alzando la voz y golpeando la mesa con el puño. "Lo que sí no pueden es vivir sin pagar el diezmo. Confíen en la promesa del Señor, y nunca lo van a lamentar".

El desafío estaba claro, y las dos mujeres le hicieron frente. Pusieron como alcancía para el diezmo una lata con tapadera, y ahí echaban el diezmo cada vez que les pagaban. No se produjo ningún cambio repentino en su nivel de vida, ni tampoco en sus ingresos; mas al pasar las semanas y los meses, comenzaron a ver en operación las matemáticas del Señor, que de algún modo hacía que el noventa por ciento del dinero alcanzara para lo que antes necesitaban el cien por ciento.

Al casarse Ana y su novio, continuaron la práctica del diezmo toda su vida. Los tiempos seguían duros y además sostenían a la madre viuda, pero poco a poco las cosas fueron mejorando. Luego se cambiaron del barrio pobre en que vivían a una casa un poco mejor, rentada, claro. Nunca alcanzaron la prosperidad, ni pudieron ahorrar nada, pero la pareja crió a tres hijos, pagó sus deudas y ayudaron a edificar el reino.

Con los años llegaron hasta Utah, ya en su ancianidad. Al morir, no dejaron propiedades; nunca tuvieron casa propia. No obstante, siempre se sintieron muy bendecidos, y dieron fuerte testimonio del principio del diezmo y de la confianza en las promesas del Señor. Sus tres hijos, actualmente

abuelos, son activos en la Iglesia, siempre han sido pagadores fieles del diezmo y han enseñado a sus hijos el mismo principio.

Esta historia sencilla y profunda a la vez, sin duda se ha repetido miles de veces entre los miembros de la Iglesia en el mundo entero. Siento la impresión de que esas personas, ayudando a edificar el reino han sido bendecidas de manera que no entendemos. Maneras desconocidas y a un plazo que tal vez incluya la otra vida, y eso por haber puesto su confianza en las promesas del Señor.

Sabemos que debemos pagar el diezmo con la actitud correcta sin que nos duela, y sin el espíritu de probar a Dios. Hemos de recordar que el Señor y su reino sobre la Tierra no necesitan los diezmos tanto como nosotros necesitamos las bendiciones. Dios bien podría revelar la localización de vetas de oro, esmeraldas, diamantes, o yacimientos de petróleo, e indicar exactamente dónde se debía perforar para que la Iglesia se enriqueciera. Pero esa no es la manera del Señor. Su decreto divino es que nosotros individualmente obtengamos las bendiciones, y no como nosotros suponemos sino como Él lo tiene diseñado. Y el modo en que podemos ser bendecidos, individualmente es viviendo los mandamientos, confiando en Él, y sin poner condiciones.

Muchos fieles que pagan diezmos dan testimonio de las bendiciones que han recibido por obedecer este mandamiento. Cuando en verdad confiamos en el Señor, dando el diezmo con puntualidad y exactitud, diezmando nuestro salario en cuanto lo recibimos, o nuestras ganancias en cuanto se producen, las bendiciones usualmente llegan con la misma puntualidad. Por otra parte, si esperamos hasta ver si nos sobra algo para entregar el diezmo (sin confianza verdadera en el Señor), vemos que rara vez, si acaso, nos sobra algo. Satanás y las circunstancias se encargan de que así sea.

Mi segundo relato que ilustra la magnitud de la confianza en Dios, es sobre las colonias mormonas de Chihuahua, México, durante los tiempos de Pancho Villa. Para apreciar bien la medida de esta prueba, hay que tener en mente que en el tiempo de la Revolución Mexicana las colonias eran un blanco lógico y seguro para Villa, donde pudo haber desahogado su odio hacia los norteamericanos y a la vez aprovisionarse de víveres. También recordemos que uno de los reflejos humanos naturales es el de huir o defenderse.

Pancho Villa fue el jefe de un grupo revolucionario que estaba en guerra con otros grupos políticos mexicanos, siendo uno de ellos el Gobierno Federal de Carranza. Los Estados Unidos ayudaron a los federales permitiéndoles viajar por el lado norteamericano de la frontera para caer sobre la retaguardia de las fuerzas villistas, causándoles serios daños. Esta ayuda de los Estados Unidos provocó que Villa tomara represalias contra los "gringos" que estaban más a la mano. Atacó varias ciudades del lado norteamericano de la frontera y mató gente. Luego regresó a México, todavía furioso y decidido a matar a todos los "gringos" que se topara. En el camino quedaban las colonias mormonas, donde para Villa todos eran "gringos", y planeaba arrasarse con ellos.

A continuación tomo el resto de la historia de lo que pasó del diario de un testigo, W. Ernest Young:

Villa estuvo unos dos días en el rancho de Corralitos, al norte de las colonias, y ahí ejecutó a varios mexicanos nada más porque trabajaban para una compañía norteamericana. Yo conocí a dos de ellos: los hermanos Pavela, dos jóvenes bien parecidos. Contando los mineros norteamericanos de Santa Isabel y Minaca, y varios rancheros que los revolucionarios encontraron cuando iban a Columbus, Nuevo México, y veinticuatro que mataron en Columbus, ya habían muerto unos cuarenta norteamericanos.

En Washington, el presidente Woodrow Wilson estaba negociando con el Gobierno mexicano para castigar a Villa de algún modo. Revisaron un tratado que se había firmado para castigar a los apaches, cuando Jerónimo anduvo haciendo estragos en ambos lados de la frontera, en la década de 1880. El acuerdo concedía a ambos gobiernos el derecho de cruzar la línea divisoria si era asunto de perseguir a los indios. Por lo tanto, se nombró al general John J. Pershing para entrar a México con una expedición de unos quince mil soldados, con la restricción de que no usaran las vías del ferrocarril, ni entraran en ninguno de los pueblos.

La Presidencia de la Iglesia se había comunicado desde Lago Salado con Phillip H. Hurst, en El Paso, para inquirir sobre los peligros que pasaba nuestra gente, sobre todo la que vivía en Dublán,

Chihuahua. Fue entonces que supimos del ataque de Villa a Columbus, en Estados Unidos. El presidente Anthony W. Ivins, conociendo la región en México y habiendo viajado por esos caminos muchas veces, sabía lo que podía pasar, pues los revolucionarios ya habían matado a rancheros indefensos.

Con tan escasa o ninguna comunicación, los mormones de Dublán quedamos a merced de nuestro propio juicio en cuanto a lo que debíamos hacer. El presidente de la estaca, Joseph C. Bentley, estaba en Colonia Juárez, a una distancia de veinte kilómetros. Si acaso dio instrucciones sobre lo que debíamos hacer, el obispo Anson B. Call no nos las comunicó y, además, ¿cómo podíamos saber los planes de Villa? Era un asunto grave, y teníamos mucho temor. El obispo Call reunió a los hombres de Dublán en el centro del pueblo, donde están las tiendas. Sus consejeros, Nefi Thayne y yo, estábamos con él. Se expresaron dos opiniones: huir a la sierra, o ir a solicitar la ayuda de la pequeña guarnición militar de Nuevo Casas Grandes. El obispo Call, siendo nuestro líder, tenía derecho a recibir la inspiración, y nos dijo que volviéramos a nuestros hogares, apagáramos todas las luces y nos recogiéramos, con fe en que el Señor contestaría nuestras oraciones.

Villay su ejército salieron de Corralitos hacia la medianoche. Llegaron a la orilla norte de Dublán como a las 3:00 a.m. y ahí se detuvieron. Villa comentó que de seguro Carranza había enviado más soldados para defender la plaza. Sus subalternos contestaron que no había razón para suponer eso.

Pero Villa insistió, y juró que el lugar estaba ocupado por refuerzos, y que se veían las luces, etc. Eso es lo que los dos lugareños que yo conocía testificaron haberle oído decir a Villa, pero ellos personalmente no vieron ejército o actividad militar alguna. Maximiano Rubio y Roberto Salgado eran personas respetables, y su testimonio, fidedigno. Varios de nosotros los oímos testificar; yo los conocía y sabía que eran de Colonia Juárez; también los conocía Alma Walser (padre de la hermana Helen Walser Wells, esposa del autor) y Joseph F. Moffett, quienes oyeron su testimonio. Se ha dicho que algún pasto en llamas pudo haberse reflejado en las ventanas de las casas, pero en marzo la tierra está muy seca, y cualquier fuego hubiera estado demasiado lejos para hacer efecto.

Fueron muchas las oraciones que se elevaron, en muchas partes, y el presidente Anthony W. Ivins estuvo orando y ayunando en el Templo de Lago Salado. Casos bíblicos dan testimonio de la intercesión divina. En este caso Pancho Villa desvió su curso, ordenando a sus hombres que siguieran hasta otro pueblo, a unos veinte kilómetros hacia el sureste. El 22 de marzo, el obispo Anson B. Call presidió una Asamblea de Acción de Gracias, en Dublán, para dar gracias al Todopoderoso por su intervención divina (Copyright 1973, Walter Ernest Young. Usado con permiso).

Ahora que todo ha pasado a la historia, es fácil ver que ocurrió un milagro. Pero tratemos de imaginarnos a nosotros mismos esa noche en las calles de Dublán. ¿Hubiéramos seguido el consejo del obispo? El titubeó por un largo rato y luego dijo tranquilamente: "Me voy a casa, a orar. Luego, mi familia y yo apagaremos la lámpara y nos iremos a acostar". Hubo varias protestas. Unos querían huir y otros querían tomar una postura militar, pues ya estaban cansados de las molestias a manos de la expedición norteamericana, y ahora, también de los mexicanos. Pero un alma tranquila se puso de pie y anunció: "Yo voy a seguir el ejemplo del obispo. Me voy a casa a tener la oración familiar, y luego apagaré la lámpara y me iré a dormir". Uno por uno, los demás determinaron que lo mejor era seguir al obispo. Fue una prueba de fuego, pero su confianza se vio recompensada.

Cabe decir aquí que Dios trabaja misteriosamente cuando confiamos en Él y muchas veces ni sabemos cómo nos recompensa por esa confianza. En esa ocasión no sólo protegió de Pancho Villa a los miembros en Chihuahua, sino que obró en ese guerrillero para que en vida escuchara el mensaje del evangelio, y lo aceptara, aunque no tuvo la oportunidad de bautizarse. Sin embargo, años después se hizo la obra por él en el templo.

Sucedió que en 1919 el hermano James Elbert Whetton y el presidente Joseph T. Bentley, de la Estaca de Juárez, iban a la sierra a visitar a unos miembros, cuando en el camino unos soldados de Villa los tomaron prisioneros. Pasaron la noche detenidos pero a la mañana siguiente fueron invitados a desayunar con el jefe del grupo "y otro caballero de tez más blanca". Este caballero —que al fin se identificó como el general Felipe Ángeles, un militar de carrera y de renombrada habilidad y educación formal, y que en la Revolución fue el consejero de Villa de más confianza— hizo muchas preguntas

sobre los mormones. El general Villa también escuchó con mucho cuidado, especialmente cuando el general Ángeles le presentó formalmente a los dos mormones. "Siempre he admirado a los mormones", dijo Villa. "Son trabajadores y buena gente, y no son entrometidos". El general Angeles dijo entonces: "General Villa, por mi parte yo quisiera que toda la República se hiciera mormona. Cuando esta Revolución termine, yo pienso unirme a los mormones, si se da la oportunidad". El general Villa dijo enseguida: "¿Por qué no me habían explicado estas cosas antes? Esta es la primera vez que entiendo de sus enseñanzas. Si yo hubiera sabido esto antes, este Pancho Villa hubiera sido diferente. ¿Acaso es posible que un hombre como yo pueda entrar a la Iglesia Mormona?"

Villa permitió que los hermanos Whetton y Bentley siguieran su viaje, y al despedirlos les dio un fuerte abrazo. Al poco tiempo, el general Ángeles fue capturado y fusilado por los federales. A Villa lo asesinaron en 1923, después de haberse retirado de las armas.

El presidente Bentley, impresionado por la sinceridad del general Angeles y la del famoso guerrillero, solicitó a la Primera Presidencia de la Iglesia que se hiciera la obra del templo por ellos, pero las cosas ahí quedaron.

Los años pasaron. Murió el presidente Bentley y el hermano Whetton envejeció. Una noche le apareció Doroteo Arango, el hombre que en vida fue conocido como Pancho Villa.

"¿Me conoces?", le pregunto Villa.

- Sí.

- Tú me dijiste que si algún día podías hacer algo por mí, lo harías.

Tú eres el único que puede ayudarme. Quiero que hagas la obra del templo por mí.

El hermano Whetton escribió a la Primera Presidencia, en Lago Salado, y su petición fue aceptada. Después de completar los datos genealógicos, Doroteo Arango fue bautizado vicariamente el 25 de febrero de 1966, en el Templo de Arizona. El mismo hermano Whetton completó la obra de la investidura por el general Villa, unos días después. También fue hecha la obra por el general Ángeles (*Church News*, Nov. 11, 1967, p.5. Usado con permiso).

Ejemplos tan dramáticos de nuestra confianza en Dios, se dan continuamente en el campo misional. Enviamos miles de misioneros al año, suficientes para mantener constantemente en el campo más de treinta mil. Únicamente una Iglesia que requiere todo del individuo puede hacer eso. Sólo un pueblo motivado por el Espíritu y un amor puro. estaría dispuesto a hacer ese sacrificio constante, y prácticamente sin murmurar. Solamente un pueblo como el nuestro está dispuesto "A donde me mandes iré", como dice el himno número 175. Todas las palabras de ese himno son una inspiración para los miembros, y merecen estudiarse. No se nos pregunta: "Juan, ¿a dónde te gustaría ir a la misión, y cuánto tiempo quieres estar?" En lugar de eso se nos dice: "Juan, eres llamado a cumplir una misión en Sudáfrica, por dos años". O tal vez se le llame a Buenos Aires, o a Guatemala o a Brasil o a Japón. No se le pide opinión sobre el lugar, o cuánto tiempo. A veces el llamamiento se antoja irrazonable, pero casi invariablemente el tiempo confirma la inspiración del llamamiento, como podemos ver en la siguiente experiencia.

Dos misioneros sintieron la impresión de que debían detenerse en cierta casa y tocar el timbre. Normalmente, cuando la persona abre la puerta, los misioneros ya saben lo que van a decirle. Pero esta vez, cuando la señora les abrió, se quedaron callados, sin poder decir una palabra. Ella vio al primero, luego al otro, y una y otra vez, y entonces dijo: "Sí, ustedes son. Los he estado esperando; pasen, por favor": Ya adentro, les explicó: "Yo los vi a ustedes en un sueño que tuve hace dieciséis años; nunca se me ha olvidado. Al pasar los años, han venido a mi puerta otros jóvenes con camisas blancas, pero yo los estaba esperando a ustedes. Ustedes son los que traen un mensaje para mí, ¿qué debo hacer?". Ella se bautizó a las pocas semanas.

Cuando uno de estos misioneros volvió a ver a su presidente de misión, le preguntó: "¿Presidente, por qué me mandó a la ciudad fulana?"

El presidente de misión contestó: "En realidad no lo sé. Pero eso es lo que el Espíritu indicó".

Luego el misionero preguntó: "¿Y por qué me asignó a trabajar con ese compañero?"

Y otra vez el presidente contestó que no había ninguna razón en particular, salvo que parecía ser lo correcto, de acuerdo con el Espíritu. El misionero le contó su experiencia, y añadió: "Presidente, ¿se da cuenta de que yo tenía dos años de edad cuando ella me vio tal como soy ahora? ¿Se da cuenta de que, si usted hubiera asignado a otros elders a esa área, ella no se hubiera bautizado, porque nos estaba esperando a nosotros? Presidente, ¿qué hubiera pasado si mi novia me hubiera convencido de que nos casáramos, o si el entrenador me hubiera convencido de aceptar la beca para jugar en el equipo de la universidad? Yo no hubiera estado aquí, y ella no hubiera entrado a la Iglesia".

Claro está que se equivocaba al pensar que el Señor deja las cosas al azar. En su conocimiento anticipado infinito, Él supo lo que pasaría, y preparó todo sin interferir con el libre albedrío (véase Alma 13:3-7). Pero las palabras del misionero ilustran la conveniencia de confiar en el Señor.

Como misioneros, parte del tener confianza en el Señor incluye creer que hay una obra especial para hacer en cada área a la que el presidente de misión nos asigna. Es la misma confianza que se ejerce al aceptar el llamamiento. Cada misionero tiene una cita con el destino, que él mismo escogió antes, para cumplir la misión a la que es llamado.

Un misionero europeo pensaba que sería llamado a servir en una misión europea. Hablaba varias lenguas escandinavas y un poco de inglés. Otros misioneros de su país habían sido llamados a servir en su país natal o en países vecinos. Pero para su gran sorpresa, cuando abrió la carta del Profeta con el sello de Lago Salado, se enteró de que iría a un país sudamericano. Confiaba en el Señor que había una razón especial para que él fuera el primero de su país en ir tan lejos y tener que aprender un idioma totalmente desconocido. Fue enviado al Centro de Capacitación Misional de Provo, y de ahí a Sudamérica. Tras de unos cuantos meses con un compañero norteamericano, el presidente de misión lo asignó a trabajar con un compañero latino. La idea era, en parte, ayudar a que el misionero europeo aprendiera mejor el español.

En la primera semana que estuvieron juntos, pasó algo extraño. Fueron al correo para enviar sus cartas, y el compañero europeo notó que el latino pedía estampillas para enviar a Europa la carta dirigida a sus padres; y no sólo eso: también vio que el domicilio de los padres de su compañero latino estaba en la misma ciudad en que vivían sus propios padres. ¡Qué coincidencia! Al preguntar, se enteró que los padres del misionero sudamericano eran exiliados políticos y se habían ido a vivir a Europa. No eran miembros. Los padres del compañero europeo sí eran miembros de la Iglesia, y vivían a poca distancia de los padres del misionero sudamericano. Pronto se hicieron arreglos para que los padres que eran miembros visitaran a los no-miembros y los invitaran a su casa, a la Iglesia, etc. En poco tiempo llegó de Europa la buena noticia de que los padres del misionero sudamericano ingresaban a la Iglesia. ¡Qué inspiración! El profeta no sabía por qué estaba llamando a un sueco a servir en Chile. El presidente de misión no sabía que los padres del misionero chileno estaban en Suecia. ¡Únicamente el Señor puede hacer esas cosas!

Una encantadora jovencita había sufrido un trágico accidente. Aunque era muy bonita, sufría de parálisis en parte de la cara. Sus amigos y su familia casi no lo notaban, pero ella se sentía insegura y con complejo de inferioridad. Temía que nunca se casaría. Llegó el tiempo en que tuvo la edad suficiente para salir a la misión. Ella sentía que ayudar a otros era una manera de servir al Señor. En su solicitud misional no había ninguna indicación de que tuviera esa parálisis facial, ya que eso no afectaba su capacidad para servir; y la fotografía de su rostro en reposo reflejaba la bella joven que todos veían en ella.

El Profeta le asignó a servir en una misión sudamericana. Al llegar a la Casa de Misión, se enteró de que la esposa del presidente de misión había sufrido exactamente el mismo mal desde su juventud. Vio que había vencido los sentimientos de inferioridad, la falta de confianza en sí misma y todos los otros complejos que se había formado en su juventud, y que había organizado su vida lindamente. Y era obvio que había encontrado un buen hombre como esposo, y criado una hermosa familia, y ahora cumplían juntos una segunda misión. Era feliz y segura de sí misma. Eso ayudó a la joven misionera a adquirir seguridad, esperanza y fe en el futuro. También supo que su asignación a esa misión no había sido coincidencia.

Hay un hombre de negocios, miembro de la Iglesia, que de cuando en cuando viaja en avión. Su técnica misionera personal consiste en sentarse y decirle a su compañero de asiento: "Hola, ¿sabe usted quién soy

yo?".

El desconocido normalmente contesta: "No, ¿quién es usted?".

Entonces el miembro de la Iglesia le dice: "Soy tal vez la única persona que usted conozca, que le puede decir cómo salvarse del divorcio si mueren usted o su esposa".

Eso es atractivo suficiente para iniciar una larga conversación, que regularmente dura hasta que llegan a su destino, y a veces hasta el bautismo.

Esa historia nos hace ver la perspectiva correcta que ese hombre de negocios tiene de las cosas, y su confianza en el Señor. El sabe que José Smith dijo la verdad. Eso lo lleva a la conclusión de que todas las llaves, potestades, dominios, tronos y glorias son consecuencia lógica de aceptar el evangelio restaurado. El confía en que Dios sostiene todas las cosas que son eternas. Todas las pruebas y dificultades de la mortalidad, como también todas sus bendiciones, son experiencias transitorias, parte de los gozos y pesares que constituyen el estado mortal, aunque pueden tener efectos duraderos. Los misioneros que perseveran en su confianza en el Señor, gradualmente llegan a ver la recompensa tangible, a veces dramática, de sus labores. Este hombre de negocios misionero, posee una perspectiva correcta del mundo, gracias a su confianza en el Señor. Participa del espíritu de Doctrina y Convenios, sección 128:19-23.

Ahora, ¿qué oímos en el evangelio que hemos recibido? ¡Una voz de alegría! Una voz de misericordia del cielo, y una voz de verdad que brota de la tierra; gozosas nuevas para los muertos; una voz de alegría para los vivos y los muertos; buenas nuevas de gran gozo. ¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies de los que traen alegres nuevas de cosas buenas, y que dicen a Sión: ¡He aquí, tu Dios reina! ¡Como rocío del Carmelo descenderá sobre ellos el conocimiento de Dios!

Y además, ¿qué oímos? ¡Alegres nuevas de Cumorah! Moroni, un ángel de los cielos, declarando el cumplimiento de los profetas: el libro que había de ser revelado. ¡Una voz del Señor en el yermo de Fayette, Condado de Séneca, dando a conocer a los tres testigos que darían testimonio del libro! ¡La voz de Miguel, en las riberas del Susquehanna, discerniendo al diablo cuando se apareció como ángel de luz! ¡La voz de Pedro, Santiago y Juan en el yermo despoblado entre Harmony, Condado de Susquehanna, y Colesville, Condado de Broome, en las márgenes del Susquehanna, declarando que poseían las llaves del reino y de la dispensación del cumplimiento de los tiempos!

¡Y además, la voz de Dios en la alcoba del anciano papá Whitmer, en Fayette, Condado de Séneca, y en varias ocasiones y en diversos lugares, en todas las peregrinaciones y tribulaciones de esta Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días! ¡Y la voz de Miguel, el arcángel; la voz de Gabriel, de Rafael y de diversos ángeles, desde Miguel o Adán, hasta el tiempo actual, todos ellos declarando su dispensación, sus derechos, sus llaves, sus honores, su majestad y gloria, y el poder de su sacerdocio; dando línea sobre línea, precepto tras precepto; un poco aquí, y otro poco allí; consolándonos con la promesa de lo que ha de venir en lo futuro, confirmando nuestra esperanza!

Hermanos, ¿no hemos de seguir adelante en una causa tan grande? Avanzad, en vez de retroceder. ¡Valor, hermanos; e id adelante, adelante a la victoria! ¡Regocíjense vuestros corazones y llenos de alegría! ¡Prorrumpa la tierra en canto! ¡Alcen los muertos himnos de alabanza eterna al Rey Emanuel que, antes de existir el mundo, decretó lo que nos habilitaría para redimirlos de su prisión; porque los presos quedarán libres!

¡Griten de gozo las montañas, y todos vosotros, valles, clamad en voz alta; y todos vosotros, mares y tierra seca, proclamad las maravillas de vuestro Rey Eterno! ¡Ríos, arroyos y riachuelos, corred con alegría! ¡Alaben al Señor los bosques y todos los árboles del campo; y vosotras, rocas sólidas, llorad de gozo! ¡Canten en unión el sol, la luna y las estrellas del alba, y den voces de alegría todos los hijos de Dios! ¡Declaren para siempre jamás su nombre las creaciones eternas! Y otra vez digo: ¡Cuán gloriosa es la voz que oímos de los cielos, que proclama en nuestros oídos gloria, salvación, honra, inmortalidad y vida eterna; reinos, principados y potestades!"

Este glorioso mensaje debería encender la motivación de todo santo de los últimos días que tiene fe y confianza en el Señor.

Quien quiera cosechar las recompensas de confiar en el Señor, primero debe aprender a confiar. Yo creo que la mayoría de la gente se portaría mejor si tan sólo supiera cómo. Quizás necesitamos esforzarnos más para enseñar a los demás cómo mejorar, en lugar de criticarlos. Eso es lo que he tratado de hacer con este libro. He procurado explicar, por ejemplo, cómo funciona la confianza entre el banquero y el solicitante de un préstamo. Pienso que esa analogía puede ser de utilidad a todos si consideran que las cosas temporales, vistas a la luz de la verdad, son también cosas espirituales. Las mismas acciones, creencias y actitudes que nos harían mejores candidatos para un préstamo, nos harán discípulos de Jesús dignos de mayor confianza. Si incrementamos nuestro carácter, nuestra capacidad, nuestro capital y nuestro autodomínio, también aumentaremos esas características en nuestra esfera espiritual. Yo sólo sugiero que recordemos esta analogía y tratemos de aplicarla, para que podamos vivir con mayor seguridad, y podamos confiar en el Señor de todo corazón.

Si es así, seremos *dignos de confianza*.